

El último azul de la noche

El caballo del hombre solitario

(Tuyutí, 1864)

Las plantas de los pies ya arrastraban arena y tierra. Y el ardor que comenzaba a subir con el cansancio hasta las rodillas. El calzado era el mismo de unos meses atrás, cuando habían cruzado la línea del Río Cuarto en una persecución inútil, la última hasta ese llamado a las armas. Y era el mismo calzado de hacía dos años, cuando lo habían reclutado para el cuerpo de línea. Entonces la suela ya era la piel curtida y reseca que había corrido desde la pequeñez la llanura, y que había aguantado barro, cardos y piedras hasta ese presente que a cada paso se hacía vestigio.

El Manco miraba el horizonte con esa esperanza que en realidad no existía, que era sólo la certeza de que la primera sombra del caserío –el puerto del Rosario- llegaría al otro día con demasiada suerte. El Manco miraba el horizonte. El Manco pensaba que cualquier mancha que apareciera sería un espejismo, no más que eso, porque estaba acostumbrado a mirar al frente, sobre la línea de luz y de tierra, y que se nublaran a lo lejos las cosas que deseaba, para después desaparecer.

Habían llegado las órdenes dos semanas atrás y había sido difícil para los oficiales reunir lo necesario para llegar al número que pedían desde Buenos Aires. Mientras arreaban con cualquier hombre para engrosar la Guardia Nacional, incluyendo vagos, presos y descuidados, estuvieron todo ese tiempo varados en la orilla del Salado, cazando armadillos y sábalos para engordar las raciones. Dos semanas y toda la marcha a pie hasta el Rosario, y de allí por el río a Corrientes para liberarla de los ejércitos del tirano López; correrlos hasta la Asunción en dos meses, como había espetado Mitre. La voz del Manco repetía con ansiedad esa frase dentro de su cabeza, la cabeza caliente y apretada por el sol. Pero allí no se proyectaba el desfile de las fuerzas de la Alianza entrando a la capital del enemigo, banderas flameando y redoblantes y orgullo. Eso no importaba. Sólo el anhelo de volver a la tapera ensombreada, al camino rodeado de flores, al rumor del río y del viento. Se habían perdido los motivos y los fuegos de otro tiempo, sencillamente habían desaparecido como solían irse el color de la tarde y de su mano –la derecha- cuando caía el calor del sol. Ahora la voluntad era más cercana y más sencilla. Volver era la batalla, volver y observar en el regreso las cosas como las había dejado, y sentir ese breve regocijo de la confirmación.

Faltaba la tormenta nomás, se decía. Lo pensaba mientras veía el viento envuelto en la sábana de lluvia, azotando con impiedad la precariedad de las tiendas, las lonas cruzadas sobre las ramas, como si al volarse hubieran caído allí. También veía a los hombres sacudirse como espigas, recibiendo en las caras el ímpetu del otoño; corrían para evitarlo, se quedaban los calzados enterrados en el barro y salían los pies desnudos y limpios, con los rastros lacerantes de las caminatas, tajos de sangre seca en los empeines de los pescadores.

La tormenta duró una semana. Había comenzado el día de llegada al campamento en Ensenada. No tenían otra ropa que la puesta, mojada y pegada a la piel como el frío y el cansancio. Pasaban horas desnudos junto al fogón hasta secar la ropa para la noche, la noche que traía la helada y la muerte. Otros no podían acercarse al fuego. Estaban estaqueados, con la cara hacia las gotas que se estrellaban contra la tierra, abriendo la palma de las manos como rogando que saliera el sol, que una campana de calor y sequedad los protegiera. Habían desertado. No encontraron un motivo ni una lealtad para pelear esa guerra. Si se salvaban de la fiebre podían sobrevivir al sorteo. De cada cinco fusilaban a uno. Extraño ejemplo de justicia militar que el Manco no entendía. El Manco intentaba encontrar dónde se equilibraba la balanza de la mujer ciega cuando oía y veía a distancia las descargas contra el que había salido sorteado, acertando a su cuerpo en el campo sin batalla. A la ejecución le precedía un silencio oscuro y triste, quietud de la madrugada en el amanecer.

Hoy empiezo este diario Concepción. Las cartas serán dudosas de llegar hasta tus manos. Este diario será la forma de estar cerca, cerca de tu mirada y de la calma de tus palabras. Llegado a Buenos Aires, cuando en unos meses hayamos levantado nuestra bandera en la Asunción, voy a dártelo, y con estos dedos que hoy tiemblan en la noche voy a señalarte cada paso de este camino, cada detalle del dolor y de la victoria. Lo voy a hacer mientras te sonría, mientras el abrazo arrugue las hojas.

Tengo que empezar por un hecho de orgullo. En el puerto del Rosario, antes de embarcar hacia Corrientes, le dieron al cuerpo médico el uniforme militar prometido con su respectivo grado. Nunca hubiera imaginado tanta emoción Conchita, tanto deseo

de que me vieras allí firme entre mis camaradas, vistiendo el uniforme de la patria. Apenas somos unos cuantos para montar el primer hospital en el campamento, pero eso no importa. Estamos todos dispuestos a dar lo que nos toca. Vamos a completar las filas con algunos médicos del Rosario y practicantes de Córdoba.

El campamento desborda de entusiasmo a pesar de que las tropas de línea llegan como si ya hubieran peleado otra guerra, hambrientas y agotadas de tanto marchar. El rancho es escaso, nada llega desde los vapores; se rumorea que los comerciantes se han aprovechado de la situación para cobrarle al gobierno y entregar mercancía escasa o sencilla. El ganado da lástima. Sin embargo los primeros días sólo hemos atendido ampollas de talones y fiebres. Los hombres que van a defender el honor de la bandera, ultrajado por ese ataque cobarde a Corrientes, son de hierro Concepción, se han forjado peleando contra las montoneras y defendiendo las fronteras de los salvajes. Para ellos el calor del sol es el techo de sus vidas y el frío de la oscuridad tan sólo una caricia.

Sin embargo, desde ayer aquí se ha desatado una tormenta que no da tregua. El agua cae sin descanso, helada y gruesa. Durante el día se tolera pero de noche el frío es impiadoso. No alcanzan las horas para lograr que las tiendas se sequen, y peor aún, los uniformes que traen los soldados no son más que trapos mojados.

Ayer nos sorprendieron con una noticia. Cuarenta soldados del Brasil muertos; eran *campesinos*. Nadie sabía las razones. Algunos hablaban de comida envenenada, los más alarmados de brujería y esas tonterías. Fuimos con Costa a contemplar el triste espectáculo y comprobamos lo peor y lo más lógico: estaban congelados. Hombres del norte, de los climas tropicales, mojados y peleando contra algo que sus cuerpos no conocían ni soportaban. Verlos perder la vida sin razón y sin poder demostrar el coraje, nos dio mucha pena. Si bien llegan buenas noticias desde Corrientes –Paunero se ha lanzado contra los paraguayos y los está corriendo de nuestro suelo- empiezo a comprender que quizá el enemigo no sea sólo el invasor, sino otras cosas que la guerra trae consigo, como si no fuera ésta un hecho forzado por el hombre para su triunfo o su derrota, sino una enfermedad, una peste que llega silenciosa y nos enfrenta con nuestra mortalidad. Nadie debería morir de frío o de fiebre en una guerra Conchita, no sin

pelear ni pararse frente a la metralla. No hubo homenaje para esos soldados del Imperio, tan sólo los envolvieron en el mismo cuero de sus tiendas y los llevaron en carreta hasta el vapor para regresarlos a sus tierras. Yo les brindé mi homenaje hablándote de ellos y pidiéndote que le ruegues al Señor por sus almas, como lo hice yo. Por sus almas y por las nuestras.

Cuando salió al aire y a la brisa de la mañana vio cómo el sol se estrellaba contra los árboles; la lluvia se había ido con la misma calma con la que había llegado. Le habían ordenado carnear para el rancho. Habían llegado por la mañana algunas reces debidas, entre vivas y alivio de los hombres.

Caminó hacia el corral con sus compañeros, tratando de pensar que la faena era tan sólo un acto desagradable pero necesario para lo que vendría después, y después vendría la grasa de la carne crepitando sobre la leña, cayendo sobre la brasa con el sonido y el aroma del asado. Hacía ya una semana que se alimentaban con harinas, galleta y la grasa vieja que aún sobraba de la carneada anterior. Caminaron en silencio entre las reces. Sólo se oían los mugidos y las voces lejanas del campamento. El Manco sintió un regreso, una vuelta a su tierra y al mismo silencio que envolvía su vida antes que lo empujaran a la frontera, un regreso a los días que contaba desde entonces, con la esperanza de un retorno real y tangible. Los hombres que lo acompañaban eligieron una res y la enlazaron. Pasaron la soga por detrás de un árbol que ladeaba la tranquera y fueron tirando hasta atrapar a la bestia contra el tronco. Uno de ellos se colgó despacio del cuello, casi sin hacer fuerza hacia abajo, como si la abrazara para decirle algo en el oído. Lo miraron. El Manco tomó el facón desde su cintura y lo apoyó despacio sobre el cuello del animal. Tanteó con un dedo adelantado sobre la hoja la protuberancia de la vena. Deslizó el filo con fuerza y cierta velocidad, y apenas se alejó hasta ver los primeros hilos de sangre entre el cuero blanco. Después fueron borbotones de sangre caliente –un vapor rodeaba el torrente- cayendo en la gramilla. No pudo evitar recordarlo. Fue en Cañada de Gómez. Los hombres arrodillados, con las manos atadas en la espalda. No había la mirada perdida del animal, los ojos en blanco, la serenidad inconsciente. Las miradas de los hombres revelaban otras cosas. Una fuerza sacudía los cuerpos al momento del degüelle, entre dos y hasta tres para sostenerlos. Otros tan sólo esperaban, las lágrimas cayendo a un costado, sin mueca. El miedo sombrío en las caras

y las risas. Entre ellos estaba él. También detrás de uno de los sacrificados, también su mano sostenía la empuñadora de uno de los cuchillos. Había visto la sangre llevándose algo más que el movimiento de la carne. No pudo evitar recordarlo, mientras la res caía, flácida y estúpida, a sus pies.

Después de los ejercicios de la tarde lo vio por primera vez. Ya se veía distinto entre el resto de los hombres macerados por el fuego de Pehuajó. Traía en la mano la rienda y al extremo de ésta el caballo, sereno como él. No lo arrastraba, seguía los pasos de los cascos como si caminaran juntos, como si fueran compadres conversando de los pagos y del cielo sin nubes que los cubría. Era un grupo de hombres que habían perdido sus compañías en la batalla y los iban a fundir en los cuerpos de línea. Todos avanzaban entre las tiendas, unidos por el orgullo de haber recibido ya el fuego, pero con la cautela de quién entra en casa extraña, mirando a los costados con curiosidad y respeto. El hombre solitario iba atrás. Quién sabe por qué, el Manco ya sabía que quedaría en su cuerpo, que armaría la tienda junto a la de él y que pelearía a su lado. No era un misterio del destino, ni el llamado de la historia a las grandes hazañas. Lo sabía porque sí, porque a veces las cosas sucedían, buenas o malas, y él ya las conocía. Quizá sólo minutos antes de que ocurrieran, el tiempo suficiente para que pudiera elegir otro desenlace y decidiera finalmente no hacerlo.

Tras ver llegar al hombre solitario, pensó que probablemente otros habían visto lo mismo hacía unos años atrás, cuando lo arrastraron a él hasta la frontera. La mirada de un extraño y el caballo paseando su esplendorosa estirpe entre las barracas del fortín, jinete cabalgando sobre la idiotez de la obra y la ceniza. Aquella vez no hubo ningún honor, ni fuego anterior, ni deseos de pelear por esa entidad ajena a la que los demás llamaban patria. Sólo resignación y una esperanza pequeña –ese día y los que vendrían– de que alguna vez podría escapar y volver. La partida lo había encontrado al borde de un arroyo. Estaba descalzo, pisando el barro para entrar al agua. No tuvo tiempo. Desnudo, sólo esperó a que lo rodearan y lo desarmaran. Cuando pudo comprender que eran soldados pensó que venían a advertirle de algo, o a pedirle que se alistara como voluntario para alguna montonera. Después escuchó los motivos y jamás lo hubiera imaginado. Al trote para el monte, camino al cuartel, preguntó si habían avisado a sus

parientes. La respuesta fue un silencio que perpetuó la duda hasta que llegó la noticia de la muerte de su madre, y entonces supo que se había ido, sola, creyendo en el abandono y en el olvido de su hijo. Ese día, cuando quedó por su cuenta en el mundo, fue el último en el que creyó que había motivos por qué seguir, algo más sólido que levantarse todos los días y procurarse la comida, cuidarse la espalda para no morir y poder continuar levantándose al día siguiente.

Por la noche buscó al hombre solitario en el fogón y no lo encontró. Lo vio recostado, lejos de los demás, junto a la tienda que había armado cerca de la suya. El caballo estaba amarrado a uno de los troncos que la sostenían. Se acercó y el hombre solitario le ofreció un mate. Había tendido una manta casi debajo del animal y dormitaba acariciando una de sus patas. Tomó el mate y se lo devolvió en silencio. El Manco se presentó. Dijo, soy el Manco, y estiró la mano. El hombre solitario recibió el saludo sin decir nada y asintió con la cabeza. Se dio vuelta y no dejó espacio en ese instante de la noche para que le preguntara de dónde venía. Ni el Manco, ni nadie en ese cuerpo ni en esa guerra -salvo una persona que jamás lo revelaría-, conocerían el nombre de ese lugar.

El hombre solitario durmió junto al caballo todas las noches desde su llegada. No temía que lo pisoteara ni que lo bañara con orines a mitad de la madrugada. A veces el animal lograba recostarse a su lado, doblaba las patas para adelante y como si tratara de no aplastarlo se deslizaba despacio hasta caer para dormir lomo contra lomo, aprovechándose el calor. Los oficiales comenzaron a hablar. Todos lo hicieron. No es natural, no es cristiano. Tampoco compartía el fogón ni las rondas. El Manco solía llevarle aguardiente hasta los rincones en donde se refugiaba, acurrucado en la raíz de un árbol o junto al palenque en donde estaba atado el caballo. Agradecía siempre -el Manco tomaba ese gesto como un agradecimiento-, asintiendo con la cabeza y a veces cerrando los ojos. Ojos grandes y negros, rodeados de barba y bigote oscuros. Había bravura y melancolía en su actitud, más que nada melancolía, como si el arrojo que se advertía en su mirada fuera nada más que una forma de superar la tristeza. Las manos y el cuello llevaban la marca del cepo, y el Manco entonces comenzaba a elegir, de todos los rumores que marcaban el origen del hombre solitario, los que consideraba posibles:

el mismo destino que el de él, una causa inventada que lo había llevado a la frontera y después a la guerra. Reclutado en las cárceles y llevado al frente a purgar la condena, la condena por haber matado; por eso las marcas, por eso el dolor que se podía leer en su cara. Quizá un personero a quien le habían pagado para ocupar el lugar de algún acomodado, alguien que disfrazaba su temor a la muerte. Todo esto se discutía en el fogón entre los hombres aburridos por la rutina de la campaña, el lugar donde se inventaban misterios y pasados. Siempre había un lugar para él en ese rumor, siempre que se escuchaba el relincho de su compañero, o cuando se burlaban del Manco por su compasión. Uno de ellos, uno de los soldados que había llegado con él, lo había visto pelear en Pehuajó. Lo recordó como un remolino de muerte. Se había enfrentado a una jauría de paraguayos que lo habían rodeado para quitarle el pabellón. Con una mano sostenía el mástil y con la otra rebanaba carne. No había gestos, nada que pudiera notarse bajo la barba, sólo los ojos abiertos y exorbitados. Perdió el sable en una embestida y arremetió con la punta del mástil. Cuando la madera se deshizo fue caminando despacio, como si fuera a buscar leña para el fuego, hasta un montón de huesos que manchaban de blanco la tierra. De allí tomó un asta de toro y se defendió con ella. Levantó cuerpos con los cuernos, abrió vientres y rasgó brazos y piernas. Ensangrentado de pies a cabeza –no era su sangre- miraba alrededor buscando más cuerpos que lacerar, pero los paraguayos huían de espaldas, mirándolo como a un monstruo. Le gritaban. Tavy, tavy...añamemby.

La noche de ese relato el Manco se dirigió a su tienda y de lejos lo vio como siempre, junto al animal. También escuchó murmullos enredados entre los gemidos de ambos. Se acercó lo suficiente para hacer perceptible la voz, sin que lo pudiera ver o escuchar. Era un llanto apagado, un llanto contenido que variaba entre lamentos, nombres y culpas.

Es arduo y difícil pensar en viaje Conchita, son muchas las cosas que requieren atención y que se llevan la vista. El paisaje que se ha abierto a nuestro frente desde que emprendimos nuevamente la marcha hacia el suelo paraguayo, es sencillamente maravilloso. Como todo lo bello, también es indómito y por momentos siniestro; ya voy a llegar a eso. Te había hablado del Rosario. Es una ciudad joven y hermosa, sus calles muriendo en el río. Me recordó a Valparaíso. Ni ese lugar que creí el más bonito desde

que salimos de Buenos Aires se iguala a esto. Caminamos sobre un manto verde y brillante que esconde el agua entre sus pequeñas matas y camalotes. Todo es luminoso en el reflejo del sol, la lluvia se queda para que esa luz sea constante. Después de varias millas hasta llegar a Corrientes, viendo repetirse el paisaje como si alguien corriera con su imagen adelante nuestro, ver este paraíso que nunca es el mismo en horas y horas es lo más parecido a un milagro. Sin embargo no somos de aquí y la tierra nos lo hace saber. Es difícil avanzar. Las carretas se entierran en el barro o se estancan cuando las raíces se enmarañan en las ruedas. Le cuesta avanzar a la infantería que debe luchar contra el terreno y contra el cansancio. Los hombres caminan a veces con el agua hasta la cintura, con ese terror que nos envuelve cuando no sabemos qué le puede pasar a la mitad de nuestro cuerpo cuando no lo vemos. Cuando cruzamos el río y dimos nuestros primeros pasos en el Paraguay, muchos creímos que lo que restaba de guerra iba a ser una inevitable marcha hasta la Asunción. No es así. El ejército de López se protege y nos asedia. Conocen el terreno, han nacido aquí, descalzos se mueven en los pantanos y en las ciénagas como si fueran animales de los esteros. Cuando uno habla de la guerra en Buenos Aires piensa en otras cosas. Los hombres solemos contaminar los pensamientos con la gloria. Tenemos una pretensión estúpida de inmortalidad. Pero aquí las cosas son diferentes. Los hombres se destrozan, su carne se desgarras, cuelga de los harapos. Los hombres se retuercen de dolor sobre las mantas punzó. Mantas que eran blancas, Conchita. Apenas podemos intervenir con plasmas y ungüentos en mal estado. Lo que nos debería mantener cerca de la humanidad es la esperanza, pero aquí ya se ha ido. Los que no se mueren desangrados dejan pasar el tiempo hasta que la gangrena se les mete en la herida. Es cuestión de dos o tres días; a veces uno ruega que sea antes para no tener que lidiar con la impotencia de no poder detener el dolor. Esto no lo voy a escribir, te lo cuento en voz alta para poder espantar el recuerdo, la imagen de las manos apretando mis brazos cuando toco los tajos de metralla, los gritos y los gemidos. No lo escribo porque cuando llegue frente a tu cuerpo esto debe quedar atrás, dentro de mí pero atrás, para que no lo imagines, aun cuando es imposible imaginarlo.

Como si fuera poco, en las lagunas hay yacarés. Lo comprobamos hace algunos días y de la peor manera. Un soldado de la Guardia Nacional de Buenos Aires, un joven que era la atención en los fogones por su humor, comenzó a rebotar en plena marcha, como si el mismísimo diablo lo arrastrase. Sin saber de qué se trataba se aferraron a él para

frenarlo, pero luego de ver un remolino y a los demás hombres que perdían pie, desapareció entre los camalotes. Lo encontramos cuatro leguas más adelante, sin una pierna y con varias dentelladas en el resto del cuerpo. Lo sacamos de entre tres o cuatro más de las bestias que lo rodeaban para devorarlo. Las alejamos a lanzazos. El hombre todavía resiste y hasta pareciera que por momentos me sonrío cuando me acerco a hacerle las curaciones. Pero ya te he dicho que aquí se ha ido la esperanza. Estamos seguros de que no pasará de esta noche. Ayer, unos de los soldados que suele ayudarnos con los heridos, lo miró en la camilla y dijo que al menos las bestias mataban para comer. Todos allí supimos a qué se refería; incluso un oficial que debería haberle llamado la atención, se mantuvo callado. Ninguno de nosotros pudo decir nada ante tanta verdad.

El Manco creía a veces que se trataba de una mirada triste, que había un contorno de sombra alrededor de los ojos del caballo cuando éste veía desde arriba al hombre recostado bajo sus patas, y que esa sombra era un frente de compasión o de pena, una retribución por esa extraña compañía que desafiaba la cordura y la misma humanidad. También creía ver que compartían un color, que las crines eran negras cuando el hombre solitario recostaba el mentón y se confundían con la barba, con los ojos del hombre, con la oscuridad de la cara que no era ni la piel ni el hollín; que el resto del pelaje era marrón ocre o una mancha de colores desgastados cuando se recostaba en toda la extensión del lomo con los harapos que dejaban la batalla y la humedad. Cada noche se repetía el ritual —el Manco ahora los espiaba con regularidad, tratando de oír algo claro de esas palabras imperceptibles, bañadas en llanto—, los dos entrelazados o cerca uno del otro; el hombre hablándole, el caballo atónito, girando los ojos avispados como si estuviera sorprendido. Una noche lo vio insultando al animal, buscando entre sus ropas el cuchillo como para cortarlo. No estaba borracho, sólo lloraba más fuerte que nunca y lo culpaba de algo, como si fuera un cristiano. El Manco sabía diferenciar a un demente que lo había sido desde siempre, de los que se volvían locos por la tristeza. Conocía a muchos de esos, vagando por la inmensidad sin rumbo, propagando lamentos. Pero a ellos Dios no los había dejado nacer así, algo en la tierra los había alcanzado. No necesariamente por algo que habían hecho. El Manco a veces pensaba que el Creador tiraba los castigos hacia abajo y caían a cualquiera.

Los oficiales tuvieron que tomar una decisión. El Manco, para esconder la molestia que le ardía en el pecho, se convenció de que los oficiales tenían que reaccionar frente a la extraña actitud, casi herética y demencial, de dormir con un animal. El Manco se había convencido para aceptarlo. Le quitaron el caballo. Estaba prohibido que las tropas de infantería se movieran montadas y entonces hicieron cumplir las reglas. Lo llevaron a la división de artillería para tiro de los cañones, con el resto de las bestias que coceaban en una tranquera pequeña, dándose golpes de cola, trigo maduro al viento. El Manco no vio cuando se llevaban el caballo frente al hombre que los observaba, contrariando todos lo que los demás pensaban que iba a suceder: que iba a colgarse del cogote hasta que lo tuvieran que bajar a rebencazos. Pero el Manco imaginó, mientras le contaban, que detrás de esa mirada tranquila que seguía al caballo mientras se alejaba entre dos extraños, había una determinación, una decisión clara y resuelta.

Mudó su tienda cerca de la tranquera y cuando lo reprendieron por eso decidió llevar un poncho y dormir allí. El animal –agrandando el mito entre los demás- se recostó junto a él. El Manco a veces se acercaba para arrimarle algunas brasas; las noches seguían siendo heladas, aun cuando el sol de la tarde los ahogaba. Extrañaba entonces el río que cruzaba a unas leguas de su tierra, en sus pagos. Las noches allí eran cálidas y el rumor del agua corriendo ya le daba una sensación de frescura. Sólo por cumplir con el cansancio volvía a dormir bajo techo, porque podía quedarse en la orilla mirando el brillo plateado en la oscuridad y oyendo su murmullo. ¿Sabían cuándo lo llevaron a la frontera que alejarlo del río era el castigo? ¿Sabían que el desierto le secaba el alma?

Después de unos días sin recibir provisiones ya arreciaba el hambre. No había hacienda en el campamento y ya nada podían secuestrar de los alrededores. La harina era arenosa en la boca. No bajaba nada al estómago, no más que engrudo acuoso y saliva. Los hombres necesitaban carne y los jefes necesitaban que los hombres no pensaran, que no miraran con rencor el interior de las carpas donde ellos repasaban mapas o escribían sus cartas para la familia en Buenos Aires. La mirada debía estar fija en el horizonte donde se podía ver al enemigo talando árboles y disponiendo sus defensas. Les permitieron sacrificar algunos equinos para el rancho; los que habían perdido su jinete en la batalla,

o los que no eran propiedad del ejército. Cuando llegaron a la tranquera el hombre solitario estaba tras el cerco, con una mano aferrada a las crines y en la otra el cuchillo disimulado en un poncho enrollado, detrás de su cintura. El hombre solitario pudo inferir que su historia, o lo que habían hecho de ella, había corrido demasiado rápido entre los fogones nocturnos, que se había trepado a la mente de los demás y los demás eran crueles con lo extraño y lo frágil. El hombre solitario no dudó que de todos los caballos elegirían el suyo. Los demás tampoco dudaron. Alguien quiso alcanzar la rienda desde afuera, asomado todo su cuerpo por encima de la tranquera. Quería que el hombre que estaba abrazando al caballo perdiera pie cuando éste se moviera. Pero el solitario dejó caer el poncho y comenzó el tornado plateado y feroz. Cortó piel, carne, lo suficiente para frenarles el paso, para dejar vencido también sobre la gramilla a quien sostenía el brazo desde afuera. Igual entraron. Se abrió camino entre ellos a planazos, a veces curvaba el filo y buscaba rasguñar. Las caras y las manos se llevaron una marca. Los hizo recular y él también salió de la tranquera; a rematar el pleito, si era necesario. Por la espalda lo golpearon con un trozo de tronco pesado por el agua y el tiempo. Vio oscuridad y pequeños puntos luminosos en el apagón, después el suelo que se acercaba hasta sus manos. Quedó en cuatro patas, aturdido. Le dijeron –entre burlas- que ahora él también era un caballo. Lo dejaron inconsciente tendido en la tierra y se dirigieron a la tranquera. Cuando entraron, delante del animal estaba el Manco. Tenía también su brazo sobre el codo como había hecho su compadre. También la hoja escondida, esperando para herir.

Por la noche, en el fogón, nadie refirió lo ocurrido. Se acercaron al Manco y le pidieron que le dijera al hombre solitario que agradecían el silencio; los que armaban barullo eran estaqueados. Cuando fue a decírselo, el hombre solitario lo escuchó. Sobre el final de las palabras le agradeció, seco y breve, el haber peleado junto a él. Le habló por primera y última vez.

Hoy he visto de cerca al enemigo; son los prisioneros que hemos tomado. Algunos pocos de Estero Bellaco y los de ayer. No encuentro diferencias con los nuestros, Conchita. Están igual de desnudos y de flacos. La misma mirada -¿Te he hablado de esa mirada?- de tristeza y de añoranza. Ellos no tienen a dónde volver. Sus hogares quizá

sean el refugio de nuestras tropas, o pronto lo serán. En cambio mi casa, la mía y la de estos soldados con los que comparto la pena y el pan, nos está esperando. Tu sonrisa, nuestro parque, nuestras calles, todo eso está lejos; pero cerca de volver a verlo, si es que la muerte no nos arranca. Porque puedo decirte Conchita que estas tierras le pertenecen a la muerte, pueden verse sus huellas a cada paso. Ya nadie recoge los cuerpos, las carretas se empantanaban con el peso y no hay tiempo de enterrarlos. Quedan allí, nauseabundos, con los ojos opacos mirando al cielo o detenidos en los bosques que rodean los pantanos, como si quisieran regresar a algún lugar sin tener la voluntad de ponerse en pie. Nuestro campamento en Tuyutí ha sido invadido por las moscas. Son millones. Caminamos envueltos en nubes de ellas y es molesto hasta respirar con la boca muy abierta.

Volviendo a los prisioneros, los oficiales les han ofrecido pelear en la Alianza contra el tirano. Se ha decidido esto a diferencia de los brasileros, que los embarcan como esclavos para sus plantaciones. Es intolerable tal infamia. No les basta con enviar al frente a todos los esclavos negros para que caigan como moscas. Y es justo decir que, a pesar de la indisciplina, son valientes y aguerridos. Si no fuera por ellos el combate de Estero Bellaco hubiera sido más terrible de lo que fue.

Lo cierto es que los prisioneros paraguayos aceptan pelear bajo nuestra bandera, pero a la noche, cuando la guardia está atenta a lo que vendrá de los pantanos –nadie quiere que se repita lo de ayer, cuando nos sorprendieron durmiendo y tuvimos varias horas con la victoria en otro campo-, los paraguayos se escapan viviendo a su país y al tirano. Se van a riesgo de recibir fuego por la espalda, con información sobre nuestras posiciones. Son valientes como nuestros hombres, pero tengo la sensación, cada vez más clara y más persistente, que a diferencia de nuestros enemigos, nuestras tropas no sienten ese fuego, no hay entusiasmo ni convicción. Esta campaña se ha convertido para ellos en un encargo ominoso que deben cumplir para volver a su hogar, un trabajo de bajo sueldo, que además tiene la garantía de sus propias vidas. No quiero sentir esto, Conchita. Pero cuando afuera suenan las descargas y empiezan a traerlos, quisiera que esto termine como sea, bajo cualquier pabellón, que terminen la sangre y los gritos.

Después de Estero Bellaco se decidió entretener a la tropa. Trajeron mujeres al campamento. Los vi sonreír después de mucho tiempo. Ellas no sonreían. Caminaban con terror entre las tiendas. Compartieron el fogón y después los oficiales organizaron los encuentros, con ese extraño orden militar que aquí se aplica a todo, incluso a estas cosas. Colas en las tiendas, uno por vez. Dos o tres quisieron adelantarse, o quizá llevar a alguna de las mujeres al monte, para evitar las formalidades. Terminaron estaqueados, oyendo seguramente las risas y los suspiros agitados de los demás. Yo también escuché eso. Esto no lo voy escribir.

Cuando el Manco era un niño, un gringo criaba caballos en el poblado. Su madre tenía negocios con él y a veces lo llevaba a ver los animales que estaban atados a los árboles. No los encerraba en tranqueras, estaban amarrados a los troncos con cuerdas largas. A veces enloquecían y la sogá los ahorcaba cuando saltaban. Podía notar la crueldad, y por más que su madre le explicara que ese hombre no podía construir una tranquera porque era viejo y que no tenía quién quisiera trabajar para él, nadie iba convencerlo de que no lo hacía por maldad.

En una de las tantas visitas, el gringo le dijo que la yegua había parido un potrillo; había nacido la semana anterior. Corrió a verlo. Era negro, el color brillaba en el sol. Parecía torpe en los movimientos y la sogá lo ajustaba demasiado; la habían acortado para que permaneciera cerca de la yegua. El potrillo se incorporaba y la sogá se tensaba hasta volver a tirarlo al piso. Estaba amarrado de una de las ramas más altas del árbol. Pensó que el viejo no tenía la destreza para construir una tranquera pero sí la tenía para treparse hasta allí. Decidió liberarlo. Trepó despacio, utilizando primero un tronco para darse el primer enviñ. Cuando estaba cerca de la rama en donde estaba el nudo, su pie se enredó en la sogá de la yegua y la tironeó. El animal se inquietó y comenzó a moverse, con él atrapado en la sogá. Resbaló en uno de los empellones y quedó colgando. Quiso darse vuelta en el aire para alcanzar otra vez la rama, pero cayó; cayó con todo el peso de su cuerpo sobre la mano izquierda. La destrozó por dentro, huesos y tendones. Desde ese día ya no sería su mano, sino un peso inerte que llevaría de por vida; apenas podía moverla desde su muñeca.

Un tiempo después pidió a su madre volver a ver al potrillo, pero le dijo que el gringo había muerto. Supo, ya grande, que se había ahorcado en el mismo árbol en el que él había estado colgando.

Días antes de Curupaytí los enviaron de reconocimiento. Se arrastraron con el agua cubriendo casi todo el cuerpo, el mentón quebrando la superficie y los brazos tanteando un fondo cenagoso y oscuro. Deben llegar hasta metros de la antigua posición –les dijeron-, comprobar que no hayan vuelto a asentarse ni que hayan cavado trincheras o fijado artillería. Se revolcaron entre los cuerpos de la vieja jornada, los cuerpos de los hombres que dieron la espalda a la metralla tratando de escapar de la furia que ellos mismos habían desatado cuando atacaron el campamento argentino durante la noche, acuchillando y dando bayoneta a los hombres dormidos. El Manco pensó, cuando recordaba lo sucedido, que no era la mejor forma de despertar: un dolor agudo en el estómago, la sangre escapándose del cuerpo, una cara de odio tras los brazos que empujaban la muerte.

Delante de él, el hombre solitario también se arrastraba. Lo hacía con oficio, como hacía todo, concentrado pero a la vez indolente; decidido, pero no a que todo se resolviera con éxito, sino con esa decisión irresponsable que otorga el desprecio por la propia vida. La mañana del asalto había mostrado el coraje mentado. El Manco lo vio sobre el final de la batalla, cuando todos huían, cubierto de sangre como lo había imaginado en aquel relato de Pehuajó. Se adelantaba algunos pasos y arrastraba a los paraguayos de los pelos para despenarlos en un mismo lugar, el lugar que había elegido para pelear. Detrás de la escena, el Manco vio al caballo atado al palenque.

Llegaron y no vieron nada, no más que rezagos y ruinas recientes de la batalla. Esperaron un tiempo que después pareció eterno, mirando la espesura y los camalotes, – el enemigo solía salir de allí, como si pudiera respirar bajo el agua, como si no tuviera temor a los yacarés- , miraban con un deseo extraño, ese deseo que no se recibe con placer, el deseo que ese paisaje cambie, que algo se revele para no haber hecho inútilmente el viaje. Volvieron caminando. Se sorprendieron de la extensión que habían recorrido reptando por el agua turbia, la sangre y el barro filtrándose por la ropa y la

piel. El Manco dio una zancada larga para evitar un cuerpo y su pie se clavó en un charco profundo que escondía otro cadáver. Su pie descargó todo el peso en el estómago y las gotas de la podredumbre saltaron hasta su cara, sus manos y su pelo. Pus y agua sanguinolenta, saliva inmunda de mandinga. Salió de un salto y se sentó en cuclillas sobre una raíz. No pudo contener el llanto. Se tomó la cara y al menos reprimió el sonido, fingiendo que algo le había irritado los ojos. Lloraba en silencio –como el hombre solitario en las noches-, oliendo la descomposición como si fuera él mismo el que se corrompía en vida. Los demás siguieron caminando después de haber ofrecido su ayuda sin recibir respuesta. Cuando levantó la vista, ya más sereno, el hombre solitario estaba allí. Le extendió el brazo para levantarlo y se fueron en silencio. Con el pañuelo que le abrigaba el cuello fue limpiando el agua podrida, pero el olor no se iba, el olor estaba en la misma tierra y en el aire, en el día y en la noche.

Si fuera una carta debería preguntarte por tu madre y por tus hermanas, por cómo sobrellevas mi ausencia y la de tus hermanos. Pero no tendría sentido preguntarte aquí, en este diario, por algo que nunca llegará a tus ojos sino a tus propios oídos cuando estemos juntos. He pedido ya la baja, pero creo que las cosas aquí son más difíciles de lo que todos esperábamos. Estamos cada vez más lejos de los hospitales de campaña, se hace necesaria y fundamental nuestra experiencia en los campamentos de batalla y en ellos apenas si podemos dar lo mejor que tenemos, que es muy poco.

Se ha decidido el asalto a las posiciones de Curupaytí; aquí hay muchas dudas y temor con respecto a eso. No he aprendido nada de estrategia militar, ni siquiera discutiendo con los hombres y los oficiales. Apenas tenemos tiempo con Costa de poder comer y descansar, como para andar internándonos en cuestiones de la campaña. Pero aquí todos son escépticos, todos menos quienes dieron las órdenes de cargar mañana contra el enemigo. Desde el campamento se pueden ver sus posiciones, sus pabellones flameando. A veces el viento trae el griterío y parece de júbilo y optimismo. Nuestros hombres andan de capa caída, mirando el suelo y el horizonte, silenciosos como nunca. ¿Presentirán la muerte Concepción? ¿Estará ella, dueña de estas tierras como te he dicho, caminando entre ellos, soplándoles de cerca las orejas, burlándose, viendo como se les erizan los vellos de los brazos y la nuca? Ya te he dicho que no diferencia banderas; en

el campo de Tuyutí había una alfombra de difuntos que abarcaba una gran extensión, y puedo asegurarte que cuando se descomponen, cuando el barro y las bestias carroñeras hacen lo suyo, ya no se parecen a nada, sino a ellos mismos, a lo que son, la muestra de algo que tiene que ver sólo con nosotros.

Curupaytí. El Manco pensó cuando no tenía que pensar. Delante de él se abría el campo que los separaba de la hilera de abatíes que custodiaban, de punta y recostados, las posiciones paraguayas. Pero veía ese horizonte a sobresaltos por la carrera y por los hombres de la infantería que corrían delante de él, sus suelas agujereadas, las espaldas erguidas, las nuca transpiradas. El Manco pensó cuando nadie debe pensar. Acaso del resto de esos hombres alguno intentó calcular mientras corría cuánto tiempo tardaría el hombre que sostenía el pabellón en llegar al punto exacto en dónde la metralla del enemigo podía impactarlo. Mientras tanto comenzaron a caer -no por el fuego- los que corrían a su flanco. Caían en los esteros, trastabillando en la masa viscosa de tierra, agua y vegetación. Las cortinas de barro precedían al bulto que se desmoronaba y este volvía a emerger, rabioso y fugaz, como si quisiera llegar primero que nadie a ese punto crítico. Eso hacían, justamente, los que no pensaban. Si el Manco hubiera caído podría haber demorado su renacimiento, el peso de su uniforme mojado lo habría hecho correr más lento para rezagarse. Alejó ese pensamiento. No podía evitar tenerlo pero sí había desarrollado la habilidad para no dejarlo avanzar sobre su voluntad. Siguió a la misma velocidad, con la bayoneta hacia delante, gritándose a sí mismo como lo hacían todos, entonces era un grito informe y estridente, algo que debía llegar a los oídos del enemigo como un alarido salvaje. Ya podía distinguir a los hombres detrás de los abatíes. También a las pequeñas nubes de sangre, astillas de hueso y ropa que estallaban en las primeras filas. Comprendió que no podían pasar más allá de un límite claro que se dibujaba entre el terreno que faltaba para llegar hasta los abatíes, y la confusión y el caos de su bando que tenía otro color y otro sonido. Miró a su alrededor. Miembros y cuerpos por doquier, la tierra roja. La caballería y la infantería daban vueltas, entreverados y perdidos, tratando de esquivar el fuego que venía del frente y de una batería giratoria protegida en un ángulo por los pantanos. Algunos pocos que venían de atrás lo empujaron a seguir. Traían consigo la orden de tomar esa batería. Lograron pasar esa franja de muerte hasta el campo abierto. Veía y escuchaba ahora las descargas

paraguayas, los zumbidos del plomo que lo rozaban o que volteaban a quienes ladeaban su carrera. Los árboles absurdos que se erguían en el campo volaban en pedazos. Fijaron posición, sin protección alguna. La artillería brasileña había tosido toda la jornada sin lograr debilitar la fila de árboles y trincheras que protegían al enemigo. Recomenzó su fuego cuando ellos, unos veinte quizá, se separaron de a dos metros para disparar. Por detrás la infantería se acercaba, pero aún no podía avanzar lo suficiente. Estaban solos y dispersos cuando los paraguayos saltaron el cerco de abatés y se lanzaron al ataque, cuchillas y fusiles en mano. Trataron de repelerlos, pero los fulminantes no explotaron al primer golpe de gatillo y cuando practicaron el segundo intento ya estaban encima. El Manco recordó otros instantes como ese, cuando un silencio sobrenatural rodea las cosas, cuando ya no hay más tiempo que ese, un tiempo caprichoso que se puede acelerar o demorar según el deseo de extender el sufrimiento, o de apurar la brevedad del alivio. Hizo el movimiento recto con la bayoneta sobre uno de los atacantes, acaso tarde, porque no hubo espacio para el enviñón y el filo se clavó apenas; tuvo que empujar fusil y hombre hasta que este último cayó y pudo rematarlo en el suelo. Pero el trajín lo hizo descuidar la espalda. Eran pocos para cuidarse entre sí. Lo ensartaron en la cintura. Cayó junto a su víctima anterior, con los brazos abiertos y de cara al cielo que se cubría de nubes, la luz que se iba apagando y que se volvía sombra. Vio la lanza con su sangre, una tacuara rústica con trapos colorados y azules, elevándose sobre su cuerpo para después despenarlo. Sentía en ese breve instante de terror un escalofrío que nacía desde su espalda y se extendía hasta sus manos y sus pies. La lanza cayó, pero no sobre él. Alguien la recibió, alguien se interpuso, acaso intentó detenerla con una montura o un poncho y no fue suficiente. A punto de desvanecer, vio a su lado a soldados paraguayos desnudando cadáveres y vio también cómo la lanza que le tocaba en suerte atravesaba a su salvador. Eso fue lo último que vio –no más que imágenes turbias y veloces- antes de cerrar los ojos.

Solía zambullirse en ese río y dejarse llevar por la corriente que parecía leve. Tenía fuerza, pero era una fortaleza velada, no podía verse a simple vista, sino sentirse o marcar un punto de referencia en la orilla y ver cómo se iba alejando. Él cerraba los ojos. Primero lo deleitaba la sensación fresca que le recorría el cuerpo, la espalda ya no era parte de él, pero los brazos y las piernas se hundían y emergían acentuando la

frescura o el calor del sol. Después creía volar, y cuando ya perdía conciencia del río, flotando en la nada, abría los ojos y miraba las ramas de los sauces sobre él, y era un pájaro. No un gorrión o un jilguero, aves de andar rasante y veloz, sino un gran pájaro planeando entre las corrientes de aire, siempre a punto de caer, siempre levantando vuelo.

Otra vez ha pasado demasiado tiempo sin acercarme a este diario. Es fácil saberlo, fueron casi ocho meses desde la última vez que mi letra vacilante te describía la noche anterior a la batalla, la horrorosa y decepcionante Curupaytí. En todo este tiempo ha pasado poco por fuera de este cuerpo, en el tiempo y la vida que transcurren entre nosotros. Pero muy dentro de mí algo se ha encendido, algo que no puedo explicar ni comprender y que me empuja, me obliga Conchita, a dejar de creer en cosas que creía sagradas e indiscutibles. Es un tormento, sé que lo pensarás así y así lo vivo.

Nos han llegado las noticias de que el cólera ya está en Buenos Aires. Un terror indescriptible me asaltó pensando en eso. En mayo la enfermedad envolvió el campamento. Murieron miles. Caen sin más. Piras de cuerpos y el olor a cabello chamuscado y putrefacción. Y esa peste llega cerca de ti, sin que nada ni nadie, incluyéndome, puedan detenerla. La peste no es la fiebre amarilla, no es el cólera, la peste es los hombres, la peste es esta guerra que extiende su brazo de muerte hasta nuestras casas, hasta nuestros niños, nuestras viejas cosas. Nada está a salvo.

El día de Curupaytí algo ocurrió. Llegaban los hombres agonizando, desmembrados y lacerados como en cualquier otra batalla. Entre ellos llegaron dos con una historia. Ellos ya no podían contarla, estaban moribundos. Los soldados que los llevaron hasta la tienda los rodearon rezando, sobre todo al que había intentado salvar al otro, poniendo su cuerpo contra el arma del enemigo. No era un héroe Conchita, quiso esa muerte. Con el último esfuerzo me acercó a sus labios y me habló. Me confesó un terrible secreto y me hizo prometer algo que voy a cumplir. Los dos murieron.

Desde que me han negado la baja, hace ya un tiempo, no he vuelto a pedirla. Costa murió con la epidemia como tantos otros; el país ha perdido a un valioso hombre y yo a

un gran amigo. Quedamos pocos con experiencia en el cuerpo médico. Pero aún así voy a volver a insistir con la baja y si no la consigo pensaré en otra cosa. Debo llevar un caballo a dos niños, los hijos del hermano de un hombre al que le he jurado cumplir esa promesa. Un lugar que no conozco, perdido en la inmensidad de nuestra tierra, me espera. ¿La tierra es de los hombres Conchita? ¿Los caballos que nacen libres en ella también son de los hombres? ¿La tierra y los caballos son motivo suficiente para matar a un hermano? El animal está allí, en el tajo de luz de mi tienda, mirando y oyendo mi voz. Sin entender –ellos no entienden Conchita- estas cosas que digo y nunca serán escritas. Ni en este diario, ni en ningún lugar.

Una mujer que dormía con el viento

(Patagonia argentina, 1921)

“Nunca llegó la mano piadosa de algún fraile descalzo a ponerle a ninguno de ellos siquiera una cruz de palo. Ni un padrenuestro murmurado rápidamente para que Dios los perdone por la debilidad de pedir por los feos, los pobres, la piojería.”

Oswaldo Bayer

Escuchó rechinar la puerta a su espalda. La madera crujía aun más con el frío o al menos parecía eso, como si todas las cosas cambiaran en el invierno además del horizonte blanco y extenso, del barro y de los árboles encanecidos. Luego la silla arrastrándose, apenas un poco, el mismo sonido molesto que percutía en sus dientes cuando alguien la movía para dejar en el respaldar alguna prenda. En ese segundo comprendió que no era su imaginación, la construcción de imágenes y situaciones que devenían de esos sonidos, sino que cada ruido y cada semblante del tiempo y del espacio estaban indefectiblemente asociados a una costumbre: aunque fuera sorda, ciega, alguien entraría a su espalda, dejaría su ropa en el respaldar de la silla o en la cama, se lavaría en la palangana de agua caliente que ahora ella misma estaba llevando a la mesa. Alguien entraría, no él. No ese día.

La cama se quejó. El cuerpo se desplomó y en la caída dejó un suspiro que otra vez quebró los sonidos austeros de la habitación. Comenzó a desnudarse lentamente. Sólo las prendas de abrigo, las pocas prendas que cubrían su lencería y la piel; cada movimiento tenía que ser convincente. Se sentó en la cama e intentó devolver la sonrisa. Antes de corresponder a ese gesto miró en el respaldar de la silla el uniforme del ejército, jaspeado de barro y agua de nieve, y las botas debajo de la mesa. Pensó que ese extraño también habría recorrido –como él– la inmensidad de la tierra a los costados del camino; también habría pateado y pisado los arbustos y las piedras grises del campo. Lo miró y cuando se cruzaron las miradas supo que el soldado ya había comprendido que sus ojos reflejaban otra intención, acaso un futuro cercano en esa misma habitación, pero sin el goce y la serenidad que solían imaginar los extraños antes de entrar. Ella supo que el soldado ya había advertido también cómo su mano buscaba algo debajo de la almohada.

Años atrás había pensado que nunca volvería a ser lo mismo, y lo hizo exactamente cuando el barco la había dejado en ese puerto de costas humildes, tras haber recalado en

Buenos Aires. Allí, en ese nuevo mundo, acaso soñó con encontrar un lugar parecido a Bialowieza, que los pinos cerraran los caminos y que el río fuera una herida en la nieve, un tajo azul tronando en la quietud del bosque. Un hombre que solía comerciar con su familia le había jurado —a su madre, no a ella—, casarla y llevarla a América. No tardaron en confiar y en entregar su mano, en desear lo mejor para ella y para todos. América, un continente que abría sus piernas al mundo y entre esas piernas había calor y vida. Una familia con hijos y una casa en el campo. Imaginaba el campo también de otra forma, como las llanuras que había cruzado para llegar a Varsovia. Los meses en Buenos Aires habían servido para darse cuenta que nada era como le habían dicho a su madre; y ya era tarde para volver, al menos para el deseo concreto y cercano de hacerlo. Volver era un sueño.

Después el sur. La soledad gris y árida. Fueron en carreta hasta el caserío, el horizonte que no dejaba ver la línea del poblado que lo unía al mundo, como si la caída al espacio fuera una certeza. Un pequeño bulto se convulsionaba a su lado; una joven lloraba. No tendría más de catorce años. La vio desnuda una semana después, sus pechos eran una colina débil y blanca, el cuerpo de una niña dormida. Acaso ella también era rosada y frágil cuando terminó de surcar el océano.

Acaso él, su pertenencia a él, la había convertido en mujer.

Lo conoció mucho tiempo después de haber llegado. Fue en agosto. Era uno de los obreros de la esquila, trabajaba en una estancia en medio de la soledad que separaba el caserío del fin del mundo. Ella lo esperó como esperaba a todos, desnuda y boca abajo, imaginando estar en otro lugar y con alguien deseado, alguien que no existía más que en sus pensamientos; levantaba los pies y los balanceaba ventilando el calor del brasero. Ardía el aire en la habitación, y él la miraba desde la puerta, absorto. Sus mangas goteaban la nieve de afuera. Sus ojos rezumaban cansancio y pena. Lo vio y se corrió hacia un costado de la cama y lo invitó a acostarse. Logró transitar el pequeño pasillo entre los muebles que lo separaban de ella y se dejó caer lentamente en la cama. Lo desvistió. Cuando sus pieles se rozaron algo había nacido, algo incomprensible y demasiado fuerte para la tristeza.

Ángela mira por la ventana y ve horizonte. Mira, a través de las cortinas de encaje, un espacio que se abre indómito y eterno pero que se cierne sobre ella, que es una pared de yeso que aprieta su libertad. Siente que está prisionera –Ángela nunca estuvo en un calabozo, nunca sabrá lo que siente quien está en uno-, lo está en su propia casa y en su propio universo de caprichos cumplidos que ya no la conforman. Ha dejado de ser una nena pedigüeña –su padre la llama así-; Ángela es una mujer.

A veces, a media mañana, ensilla y cabalga contra el campo que no es camino. Lo hace creyendo que más allá de la zona predecible va a descubrir algo distinto, una ciudad de luces claras o un océano playo para cruzar al viejo mundo. Cabalga y no hay nada, y la pared de yeso que se estira como la maza del pan, que se ensancha sin agujerarse, siempre el mismo tono y la misma textura. Entonces vuelve despacio al establo sin haber sentido nada, igual que haber dormido, que haber cenado y escuchado el piano. Ángela quiere irse. Siente el vacío en el pecho, el único vacío al que no se aventuraría para escapar.

Ingrid, la hija de un amigo de su padre, un austríaco que es dueño de barcos, la visitó el mes anterior. Ingrid le abrió los ojos, los ojos sellados por las lagañas de la costumbre. Ángela -le dijo- tú eres una mujer digna de las calles de Viena, al menos de Buenos Aires. Y ella sabe que es así. No se lo dice con esas palabras a su padre; no es pedante ni atrevida. Sólo le dice que los bailes en el Club Social y el cortejo de los jóvenes de la Liga Patriótica la aburren. Le parecen ordinarios y tristes. También los paseos a caballo y las clases de piano y de latín. Ingrid se lo ha dicho también a su padre. Ángela no puede vivir para siempre en la Patagonia. Y su padre sabe lo que eso significa. Que su hija, el único ser amado en esa dulce tierra, se irá en cualquier momento a Buenos Aires, y después más lejos aún. Y conocerá un buen hombre y tendrá hijos lejos de él, nietos, niños que nunca lo conocerán, tan sólo cuando vayan a su entierro en algún panteón ventoso del sur. De la visita de su amiga ha pasado ya algún tiempo y no se ha vuelto a tocar el tema. Entonces operan sus viejas y consabidas trampas. No habla en la mesa. Lo elude en los pasillos de la estancia. Pasa tiempo en el poblado, o afuera de la casa cuando él está en ella. Su padre sufre. Ella espera.

Muchas veces lo imaginó durmiendo. Lo hacía mientras su propio sueño, escuchando el viento que azotaba las maderas de las ventanas. Lo imaginaba recostado en un catre desvencijado, sobre pieles y mantas mugrientas. Pudo sentir el tiritar de ese cuerpo, vio el hálito de los ronquidos. Lo imaginaba también al amanecer, saliendo de los galpones a la hora que indicaba el amanecer pero que era noche aun en el cielo, envuelto en su propio cuerpo –podía verlo-, después del mate cocido y el pan. Por eso los fines de semana lo esperaba como aquella vez, como si eso fuera necesario para olvidar lo anterior, para vivir siempre en ese escalón del pasado. Ella imaginaba que él veía, cuando entraba a la habitación como lo hizo esa tarde, sus pies subiendo y bajando desde arriba hasta sus nalgas, la depresión de la espalda cuando cae hacia la cintura y el cabello alterando apenas los hombros, ese cabello que se enredaría en sus dedos y que le harían sentir la suavidad de una lana más fina y agradable que la acostumbrada. También miraba el mar cuando iba hasta el puerto a comprar pescado. Y suponía que él también lo estaría viendo. El recuerdo detrás de las olas eternas, el viento agitándolas. O simplemente la tierra, el manto de nieve que caía sobre ella y sobre las pequeñas colinas que se inundaban de blancos plenos, delatando las huellas de los hombres. Imaginaba que la imaginaba. Tal cual estaba, pensándolo. Tocándose una mano con la otra, como si fuera la de él; acariciando sus piernas y su nuca. Al tacto suave lo soñaba áspero y pedregoso. A la brisa que entraba por las rendijas, su aliento.

A veces creía que esa ansiedad iba devorando la otra mitad de su vida, su niñez, el recuerdo de su casa en Polonia. Pero él, por el contrario, reavivó esa nostalgia. Le dijo que iban a volver, él a su tierra de montañas y de vino, ella a sus ríos helados y a sus bosques. Iban a hacerlo juntos, a dormir en el barco y a mecerse con el oleaje en sus brazos. A la noche ella se balanceaba y escuchaba el mar. Era el viento, pero era el mar.

Uno de los peones solía dejar la leña en el interior de la cocina cuando Ángela estaba allí, escapando de la mirada de su padre. Era el mismo, o quizá otro. Todos eran iguales. No le desagradaban. Tenían los pómulos hacia afuera, la piel oscura y la sonrisa esquiva. Al verla agachaban la cabeza y saludaban con respeto. Eran acaso más cordiales y respetuosos que los descarados señoritos del Club Social. Eran pequeños y encorvados, poco gráciles. Ella los imaginaba entonces con esos mismos modales, enfundados en trajes oscuros, acaso un poco más altos. Preguntando, con la mirada baja,

cuándo la señorita viajaría al imponente Imperio Austro Húngaro. Qué ropas llevaría, qué libros discutiría en las tertulias. Le dirían que ella estaba destinada a sorprender con su inteligencia y su prestancia a las delgadas y tediosas señoritas europeas; a enamorar a los caballeros, los poetas y los militares prusianos. Entonces ella sonreiría y diría gracias. Aceptaría las manos hinchadas y callosas para bajar los escalones y subiría al coche, con destino a su hotel. Y eso haría morir de odio a su padre. Aplaudiría Ingrid desde adentro del coche y luego se abrazarían en el camino, riendo cómplices.

Su padre le prohibía hablar con ellos. Eran jóvenes de vida disipada y difícil. Algunos incluso tenían deudas con la justicia. Venían del otro lado de la cordillera, indios y chilotes. Todos jóvenes, salvo los de confianza, los que hacía años que estaban con su padre. Los prefería de corta edad porque de esa forma se aseguraba que no tuvieran familia. Era más fácil así lograr que se dedicaran al trabajo sin distracciones, no más que el alcohol y el lupanar de los domingos. Ella los veía con curiosidad, una curiosidad ardida y secreta por momentos; otras veces con pena, una pena que no llegaba a entender pero que a sus ojos era natural y piadosa.

Con él todo parecía ser silencio. Sin embargo al conocerlo tuvo una necesidad inesperada de hablarle. De contarle sobre su infancia, su casa en Polonia, los sueños desaparecidos. Todos iban allí también a escuchar una voz. Ellas habían aprendido a conversar con interés, a sonreír y a entristecer cuando oían el desahogo. Pero él sólo se enredaba en sus piernas y respiraba. La abarcaba con dulzura y entregarse a él era tan sólo el comienzo de algo más extraño y placentero. Ni siquiera había saludos, tan sólo la mirada desde la puerta y el desnudo, como un paso simple y obligado para recostarse y pasar el tiempo en la cama, todo el tiempo que durara el encuentro. Oían las voces y los ruidos que rodeaban la calle, a veces los latidos de uno u otro golpeando la unión de ambos pechos. Pagaba lo que fuera necesario para permanecer allí en un abrazo y sin soltar palabra. Pero no era cualquier silencio. Ella podía ver los gritos en sus ojos, pequeños ríos de tierra que se abrían en las sienes. Los dos hablaban por adentro, los dos escuchaban. Al vaciarse la habitación quedaban las voces prendidas de las paredes. Durante la noche, con el viento abrazándola, las oía. Comprendía lo que decían, lo que reclamaban, y les contestaba en murmullos para no despertar a las demás.

Sólo una vez oyó de su boca más palabras que las necesarias. Un domingo de pascua pasó por ella. La llevó por la ruta del sur, hacia el campo de los guanacos. La miró desde la calle -ella estaba en la ventana-, y con un gesto le pidió que bajara. Había pagado por un día, acaso con toda su quincena. Trotaron por la estepa, el atardecer eterno y la luz rojiza del fondo del cielo que caía sobre el día. Parecía interminable: la vista hacia el rumbo, el camino que se abría como alas, bostezo del horizonte sobre la garganta eterna de su aliento. Llegaron al comienzo de un sendero de polvo; a los costados la vegetación pequeña e indómita, zarzas y arbustos enanos, manchas de nieve y el telón gris en la lontananza. Dejaron el caballo amarrado a una piedra y siguieron a pie. Subieron una loma hasta la boca de un inmenso cráter; se asomaba como las fauces de un dios enterrado tratando de respirar desde su tumba. La piedra que lo rodeaba se levantaba en columnas esbeltas de materia sólida y grisácea. En el fondo de la boca, cien metros debajo del círculo de piedra, la profundidad escondía un ojo de agua azul, tan azul como los lagos de la cordillera. Se sentaron en el contorno y escucharon el silbido de siempre y algún graznido aislado que cruzaba el cielo perdiendo intensidad en la distancia. Entonces él le dijo que en la luna podría haber lagunas como esas, rodeadas de la misma piedra. Y que sería posible que hubiera hombres allí, o cualquier otro ser mirando el color y la forma. Las lagunas, en la tierra o en la luna, existían porque alguien las miraba. Existían desde el primer momento en el que un hombre rozaba con sus manos o sus pies el espejo que las cubría. Sin los hombres no había nada.

Después, en medio del mareo de un millón de palabras que no esperaba, pudo develar otras cosas: su nombre completo y su lugar de nacimiento –nunca se lo había dicho-, los motivos que lo habían llevado hasta ese lugar y que no se arrepentía de esos motivos porque estaban en su pensamiento y en su pecho. Escuchó libertad, trabajo y mierda. Y la voz siguió envolviéndola toda la tarde, aun cuando regresaban y ella se dormía sobre su espalda con el frío del anochecer rebotando en su cara, en la mano que abrazaba el pecho del jinete. Cuando la dejó en la puerta del hotel siguió escuchándolo, y las palabras y el universo de cosas que guardaban esas palabras, aunque no las entendiera, se prendieron de su piel y de su boca.

Cuando niñas, ella y su hermana jugaban a perderse en el bosque. No era un juego fácil, porque conocían el bosque hasta la última rama, hasta el último curso de agua que lo

cruzaba. Conocían su sonido, sus colores y su forma. Sabían por cuáles atajos entraría la brisa de la siesta o el aire helado del alba. Para lograr el juego corrían alocadas esquivando árboles y saltando de orilla en orilla, agachando la cabeza por debajo de los troncos secos y deformes que caían sobre su paso, espantando los bisontes que comían escondidos, los alces y los corzos, y los pájaros que se espantaban sacudiendo las hojas cargadas de nieve. Daban vueltas hasta marearse y entonces, tan sólo por algunos segundos, se sentían perdidas, forzaban el sentimiento de terror y necesidad, fantaseaban con que las iría a buscar su padre y que los hombres del lugar entrarían al bosque de madrugada para hallarlas, y al hacerlo las abrazarían y las llevarían al pie del fuego. Cuando el mareo se iba, inmediatamente podían reconocer algún árbol o algún sendero escondido entre la vegetación y volvían a casa; juego terminado. No podían hacerlo dos veces en un día. El corazón del juego, su carne dulce y jugosa, era la sorpresa, la sorpresa que sólo llegaba en ese instante.

Su madre tenía pavor de que ese juego deviniera en algo real. Que sus hijas se perdieran en el bosque de animales y de frío. Era su propio miedo proyectado. No se animaba a entrar allí. No conocía los caminos ni tenía la valentía para encontrarlos sola. Su padre había conocido a su madre en Varsovia, pero era de Ucrania. Perteneecía a una familia que comerciaba con él y la habían entregado en matrimonio. La llevó a vivir a la zona de Bialowieza cuando tenía catorce años y la preñó un año después. Desde su llegada a ese lugar extraño el mundo de su madre se había limitado a un kilómetro a la redonda de la casa, hasta el límite dónde comenzaba el bosque. Nunca había salido de allí. Llegaba a la orilla de los pinos donde había una pared de follaje y gritaba los nombres de sus hijas; lo hacía sólo al mediodía o cuando caía el sol. Ellas solían esconderse para verla desde lejos. Observaban cómo su expresión se transformaba, las arrugas a los costados de los ojos se pronunciaban, la curiosidad devenía en temor. A veces era miedo a perderlas –ellas lo sabían–, otras veces era terror a tener que entrar allí a buscarlas.

Ángela no había conocido a su madre. Una enfermedad la había llevado después de dar a luz. Construía su imagen desde las fotografías nebulosas que escondía su padre en los cajones, o sólo recordaba de esas fotos algunas facciones generales, el color de piel y la mirada, e iba completando el resto con su imaginación. La voz, los gestos, la forma de caminar. Así podía recordarla como hubiera querido que fuera: joven, sonriente y

espiritual. Otras veces le pedía a la sirvienta que la describiera y la mujer la miraba con curiosidad, como si hubiera perdido la razón. Su padre sólo decía que la había querido, que la casa sin ella no era lo mismo y que desde el día en que se había ido todo en su existencia había perdido la luz. Quizá era por eso que Ángela abría las ventanas cuando su padre volvía del campo o prendía candelabros por toda la casa, incluso en las habitaciones donde no había nadie. A veces tenía la sensación desesperante de tener que reemplazarla. Su madre era una presencia imponente y callada, estaba en las cenas y en la hora que antecedió al sueño, antes de que se apagaran las velas, en el atardecer de los domingos, cuando la monotonía del paisaje era más densa y angustiante, y en el silencio trinado de las mañanas. El peso de su madre se revelaba por ausencia porque no había nada en donde debía haber algo. Era una de las excusas de su padre para no dejarla ir a Buenos Aires. Sin ella moriría de pena, quedaría solo en esa inmensidad. Cuando niña esto le enternecía, corría a abrazarlo y a colgarse de su cuello para consolarlo, y él fingía estar llorando y se reían juntos. Ahora la broma era de mal gusto, una extorsión que ya no toleraba.

Su padre comerciaba los productos de la granja. Viajaba todo el tiempo. Tenía un recuerdo borroso de él. Una de las tantas veces en las que había salido para cruzar el límite de casas que conformaban un pequeño poblado, no regresó. Ella tenía seis o siete años. Lloraron en su casa después de varias semanas de no saber de él y eso lo suponía muerto. Cuando un hombre se iba por voluntad, las cosas continuaban como siempre, ni lágrimas ni lamentos, sólo la vida hacia adelante, como el carro que los había alejado. Mucho tiempo después encontraron el cuerpo congelado debajo del hielo de una laguna, a pocos kilómetros de la casa. Nunca pudo verlo, ni siquiera saber dónde lo habían sepultado.

Después de la muerte de su padre, un hombre que vivía en la casa siguiente, en el comienzo del bosque, comenzó a ayudarlas con la granja. Su nombre era Jarek. Había sido compañero de su padre, noches de bebidas y risas después del trabajo; recordaba las carcajadas y cómo solían lamentarse juntos, manada de lobos en el hambre de la estepa estéril. Jarek comenzó a comerciar con su madre. Él viajaba y trocaba los productos de ella. Una tarde, ella y su hermana los vieron entrar juntos al bosque. Su madre seguía a Jarek trastabillando, atenta a los flancos y a su espalda para no olvidar el

camino. Los observaban escondidas, con la conciencia plena de estar a punto de ver algo extraño. Cuando llegaron al primer claro se recostaron en la grava, él decidido y ella hesitando, doblando las rodillas con miedo, como si estuviera probando el agua de un arroyo. Se abrazaron. Podían ver la maraña de miembros, algo indefinido e inquieto. La pollera de su madre volaba entre las manos de Jarek y caía levemente hasta que un manotazo la volvía a suspender en el aire. Su hermana tosió; acaso su cuerpo no contuvo el horror que estaba presenciando. Se incorporó y corrió entre los árboles. Jarek, al oír el tosido y el revuelo, también corrió. Su madre se irguió entre la grava y miró alrededor. Comenzó a buscar algún sendero, un resquicio entre el verde que le indicara cómo salir. Llamó a Jarek. Estaba demasiado avergonzada para llamar a alguien más. Cuando ella decidió alejarse su madre continuaba en el mismo lugar, abrazando sus piernas, las piernas que ya sentían el frío de la oscuridad. Entrada la noche regresó del brazo de su hermana. Los cabellos enmarañados, las rodillas cubiertas de barro. Nunca dijo qué le había pasado ni se atrevió a preguntar cómo una de sus hijas supo exactamente dónde encontrarla. Cuando su hermana menor la halló en el bosque ya ni siquiera lloraba, se había acurrucado en el hueco de un árbol seco, a esperar.

El día que conoció a Loza fue un día normal que fue cambiando su cuerpo a medida que la tarde avanzaba. La noche anterior Ángela había estado hasta tarde escribiendo en su diario; no tenía por la mañana otra actividad que no fuera aburrirse como siempre dentro de la casa. Afuera había viento y las nubes cargadas anunciaban una nevada. Entonces se quedó en la cama hasta después del mediodía y por un momento le extrañó que nadie la fuera a buscar; ni siquiera su padre que no podía vivir sin saber qué estaba haciendo. Cuando bajó supo que algo sucedía. Dos peones de confianza de su padre, José y Elías, estaban armados y apostados en las ventanas y en las puertas. Le dijeron que volviera a su habitación y que no bajara. Después de unas horas, mirando movimientos extraños de los peones desde las ventanas, decidió volver a la sala. Algunos esquiladores que conocía de vista y otros hombres que no había visto jamás, conversaban con su padre en la sala. Uno de los extraños tenía acento español. Repetía que no iba a sucederles nada malo y de hecho fue así. Muchas veces los peones levantaban la voz o emitían un murmullo imposible de entender, como si no quisieran que se los escuchara. Este hombre era claro y de lenguaje correcto. Les pidieron a José y a Elías que entregaran las

armas y así lo hicieron, y luego los llevaron –a ella y a su padre también- a una de las habitaciones y los encerraron con comida y agua. Cada media hora regresaba alguno de los peones y ofrecía sus servicios. Más tarde llegaron dos camiones con soldados. Un hombre que parecía ser el jefe de los uniformados hablaba con los peones. Ellos lo veían desde la ventana. Los peones entregaron algunas cosas, armas, ropa y otros bultos, y los soldados los condujeron a todos serenamente al galpón en dónde dormían. Se rindieron, dijo su padre con satisfacción.

La huelga y la toma de las estancias fueron un rumor que cambió la fisonomía de todo: del poblado, de las personas y del mismo paisaje. Todo a su alrededor la oprimía e insistía en ella la sensación incómoda y ominosa de que algo estaba saliendo mal en ese curso de cosas que la tenía al margen, algo que no podría cambiar aunque quisiera. Ya estaban las tropas recorriendo la región después de haber desembarcado en el puerto de Santa Cruz; allí los habían recibido algunas personas y la Sociedad Rural, con vivas y aplausos. Y la última vez que lo había visto no había sido diferente a las demás – pensaba-, acaso permaneció más tiempo debajo de sus piernas, respirando profundo y acariciando sus hombros con las yemas ásperas. No se había enterado por él que comían sólo carne de capón y le descontaban la escasa comida de sus quincenas, que dormían entre cueros de ovejas, abrigándose con los brazos, que trabajaban hasta el agotamiento, pocos para la esquila, la arrienda y el mantenimiento de los galpones miserables en donde dormían. Nunca lo oyó de su boca pero pudo sospecharlo cuando veía al puñado de fantasmas desfilar los domingos por la calle del poblado, arrastrando las piernas con el cansancio en la mirada, los brazos al costado del cuerpo, ateridos por el dolor y el frío. A veces sus compañeras comentaban estas cosas y ella se apartaba para no escuchar, para ignorar sus padecimientos. No lo imaginaba sufriente ni tampoco se imaginaba a ella misma consolándolo, lamiendo las heridas. Se avergonzó cuando supo que su hombre era uno de los más buscados; se avergonzó por ignorarlo.

Su madre no sabía nunca en dónde estaba su padre. Comenzaba a saberlo cuando éste frenaba la carreta en la puerta. Por eso cuando no regresó fue como si nunca hubiera existido. Ella no quería parecerse a su madre, perdida y lloriqueando en el bosque.

Llegó una delegación de la policía con algunos oficiales del ejército. Las convocaron a todas dentro de una de las habitaciones y una a una las fueron interrogando. A algunas les pegaron; sólo a las que contestaban con evasivas o se resistían. A ella la tomaron del cabello cuando dijo simplemente que no sabía dónde se escondían. Se habían escapado de una estancia que habían tomado. Lo negó dos veces y la golpearon. Le sacudieron la cabeza por el cabello y se la estrellaron contra el respaldo de una de las camas. Un fino hilo de sangre bajó desde su frente por la nariz. Sintió orgullo. Mucho miedo y orgullo. Si realmente hubiera sabido en dónde estaba hubiera elegido no decirlo. Sintió orgullo cuando le preguntaban una y otra vez, como si él fuera algo de ella, como si fueran la misma cosa.

Su padre había colgado un cuadro donde ellas dormían, encima de la cabecera de sus camas. Estaba machucado en los bordes porque a veces caía al piso con alguna corriente que se filtraba por las ventanas. Su madre lo había dejado allí, aun cuando el dueño, el que a veces lo miraba y decía extrañas alabanzas, ya no estaba. Era un retrato de Tadeusz Kósciuszko. Jarek les contó quién era ese hombre: la nariz respingada y los ojos oscuros, seguros y firmes, el cabello rizado y peinado hacia atrás, el uniforme del ejército de un país que no existía. Se había revelado contra la ocupación rusa. Lo habían vencido pero había dejado algo que trascendía su presencia física. Quitaron tierras, títulos y paz a quienes lo habían acompañado en la revuelta. Azotaban hasta la muerte a los campesinos que pronunciaban su nombre. Cuando ella solía mirar esa cara colgada de la pared de barro cocido de la habitación, ese nombre aún estaba prohibido. Lo recordó en ese momento y no entendió por qué. Lo recordó cuando le dijeron al oído, sangrante y lacerado oído por los golpes de la policía, que los habían encontrado, que habían abierto fuego contra la tropa y que la tropa había contestado. Que no sabían todavía quiénes habían muerto del grupo, ese grupo que había combatido con pocas armas y municiones al orgulloso ejército argentino, la invencible fuerza militar que había liberado América.

La llave hurgando la cerradura los sobresaltó. Minutos antes habían visto por la ventana que un grupo de soldados entraban en la casa; el resto iba con los peones al galpón. Sintieron el galope por la escalera y luego el ruido metálico en la cerradura. Cuando se

abrió la puerta asomó su cabeza un oficial, la gorra y el escudo, la mano con las uñas negras de tierra sobre el marco. Les dijo con voz grave y firme que estaban en libertad, que los sediciosos se habían rendido. Les dijo también que necesitaban al señor en el galpón. Preguntó si estaban bien, mientras los acompañaba a la sala. Ángela le dijo que se habían comportado decorosamente y que sólo habían pedido alimentos y agua para todos. Cuando lo miró para hablarle reparó en las facciones del militar. Ojos negros hundidos en la sombra de su nariz, largas pestañas y una cicatriz sobre el ojo izquierdo, una herida que había cerrado hacia tiempo. Ángela suele enamorarse de los uniformes, les dan a los hombres ordinarios un orgullo que la vida les ha negado. Ángela no los imagina en batalla –no ve a ese oficial cuyo nombre es Loza, disparando su Máuser contra el enemigo-, Ángela detesta la violencia. Los imagina dando vueltas de baile en un salón o desfilando por los empedrados. No elije precisamente esos atuendos de fajina salpicados de fango y espinos, sino un uniforme de gala con charreteras doradas y cordones cayendo de los hombros. Pero allí la situación parecía distinta a sus fantasías. Algo extraño se respiraba, acaso las caras de Elías y José y la negativa de Loza a dejarla salir de la casa eran indicios. Los primeros disparos se oyeron cerca, retumbaron en el salón como si hubiera estallado la cristalería de los aparadores. Gritó por su padre e intentó atropellar al soldado que impidió su paso, abrazándola. Le dijo al oído que su padre estaba bien y que a él no le estaba pasando nada. Se oyeron otros disparos, aislados y sordos en el viento. Después hubo un tiempo breve de quietud y volvieron a escuchar voces alrededor de la casa. Su padre regresó y tras su figura pudo verse al capitán que también saludaba a todos y preguntaba si estaban bien. Esta vez nadie contestó. Ángela se acercó a la ventana con la intención de ver por última vez a Loza. No la había impactado, ni siquiera había sentido algo diferente con su abrazo, pero forzaba esas cosas, cosas que nunca pasaban en ese lugar, tan sólo en los folletines y en las fábulas que las mujeres se contaban en soledad. Su padre la miró y pudo leer ese anhelo, acaso con algo de ternura y celo. No pudo verlo, sólo alcanzó a distinguir a los peones y luego a los soldados subiendo al camión. Cuando todos se despidieron quedaron sólo ellos, mirando la luz que se desvanecía entre las leguas y la sombra que se derramaba en el campo; las ovejas eran imperceptibles, todo lo era en esa hora. Ángela le preguntó a dónde iban y su padre contestó enjuto y grave:

Llevarán a la cárcel a los sediciosos y después irán a beber. A beber y a pagar por alguna mujer. Son hombres hija, son hombres y ganaron una batalla.

La calle estaba desierta. Sólo autos cargados de soldados y policías cruzaban el silencio. Las nubes de frío se abalanzaban sobre todo, desde esa calle hasta los confines del cielo y más allá de lo que podía ver por el rectángulo breve de su ventana. De todo lo que tendría que haber recordado sólo llegaron a su mente las manos. Grandes, los dedos gruesos y largos. No podía sacarse las líneas oscuras de las uñas ni de las yemas, el polvo estaba ya debajo de la piel. Intentaba a veces, cuando él se dejaba, quitarlo con un pequeño cepillo empapado en jabón y agua. Sus manos tenían la memoria de la tierra. Su huella y su voz. Tenía que recordarlo en ese momento, cuando le decían que ellos sólo querían rendirse y negociar y que por eso fueron a entregarse sin saber lo que vendría. Tenía que recordarlo con todo su cuerpo, parado en la puerta de la habitación, y no acribillado en un páramo, los disparos repitiéndose en el aire y llegando desde un lugar que nadie hubiera podido adivinar. Tenía que traer su cara y las pocas palabras que le dijo cuando pudiera hallar la mancha de hollín en donde habían quemado su cuerpo con combustible para que nadie pudiera encontrarlo. Hacía fuerza y no podía, y era mejor esperar y que el tiempo lo trajera, el viento con el que dormía cada noche esperando el domingo. Ahora debía concentrarse y caer otra vez en ese mundo. Ya podía oír a los camiones y el griterío de los soldados que llegaban al pueblo a festejar. Ya vendrían los extraños a las habitaciones. Se asomó a la ventana y decidió no evocarlo –esa ventana desde donde la llamaba, encima del caballo-; vio la turba que se agolpaba en la puerta y pensó que el uniforme militar los hacía a todos iguales. En otros cuartos sus compañeras guardaban las piedras debajo de las camas y tras las puertas. Se sentó en la silla y buscó en su media. Sacó la navaja y la escondió bajo la almohada. Alguien entraría y no sería él. No ese día.

Niebla

(Islas Malvinas, 1982)

No podía pensar. En otra circunstancia se hubiera dicho que la niebla dibujaba con capricho formas que bien podrían ser humanas, ruidos a los que el terror le daba origen. En otra circunstancia.

Una tarde esa misma niebla, pared densa blanca impenetrable por la luz y la mirada, caía sobre su cuerpo en el camino que sus borceguíes marcaban con el paso. Fue en el bosque del liceo, podía seguir caminando porque conocía el terreno, cada hueco imperceptible entre la grava y cada cordón que señalaba dónde vereda y dónde campo, como cuando chico despertaba en la madrugada y volvía del baño en la oscuridad adivinando el filo de los muebles, las patas de las camas y los sargazos del día que aguardaban esparcidos por el parque.

Serían así como los recordaba, verdes oscuros interminables, los pinos que solían desfilar apretados por la ventana de la barraca. Sería así el anhelo de sentir en la piel el frío de la atmósfera después del toque de diana.

Por detrás de ese manto grisáceo, ahora, hundido en la trinchera, Estévez presentía que nada era familiar: los montes circulares, la tierra congelada, las matas que arañaban las yemas y dejaban el rastro ingenuo de la sangre, el mismo que dejan los juegos infantiles en los revuelcos por los cardos. Las caídas del horizonte hacia otro abismo, un abismo que no podían acertar sin caer en él. Después, el acantilado y el mar, el mar azul profundo y tinte, el océano que escondía en su inmensidad la presencia siniestra del invasor. Y peor aún. El día anterior a esa claridad ciega los habían bañado de plomo desde ese frente que ahora llegaba hasta un metro de sus caras. Las trazantes nada revelaban, surgían del espacio y del paisaje, insectos luminosos y fugaces; sólo traían la certeza de ese terror. Si bien la noche había aplacado el ataque, horas después extrañaban esa furia, la extrañaban por la inquietud que provocaba el silencio y por la ansiedad que engorda el margen de las cosas que pueden suceder y no suceden. El roce del viento en la piedra, el chasquido de las gotas de agua nieve en esa misma piedra.

El teniente Estévez estaba a cargo del hombre que temblaba a su lado, al que había dado su propia comida cuando escuchaba el rugir de las tripas y al que había abrigado con su manta cuando le tocaba la guardia de la madrugada, aunque el frío no diferenciara las

horas ni la luz. Estaba a cargo de dos trincheras más, tan húmedas y pequeñas como esa, a cargo de toda la línea que contenía una posición marcada con fibra en el mapa rodeado por el vapor del té sobre una mesa de Puerto Argentino. Esa línea debía, a como de lugar, detener el abrazo enemigo que avanzaba en pinzas desde la costa, un abrazo voraz, de brazos vigorosos y calientes que latían dentro de los trajes térmicos. Esas eran sus órdenes y el teniente Estévez sentía una responsabilidad paterna y sagrada sobre esos hombres, pero no dudaba de su destino, ni de la suerte que correrían esas órdenes.

Ábalos repetía en el mismo pozo aquel temor por lo que escondía la niebla. También la había visto sobre otra imagen: flotando en la horcajadura de los cerros de la quebrada, cayendo en olas sobre el pucará.

Serían así las sonrisas de las cholitas cuando las cercaban las miradas en el comienzo del carnaval, perdiendo el rencor de los años, los pudores y las caras redibujadas por la harina y la chicha.

El frío lo apretaba, le pisaba los dedos de los pies, las manos y los muslos. Ábalos se orinaba y era un problema. Podía hacerlo en un rincón de la trinchera, el rincón más alejado del teniente que miraba hacia el frente con los binoculares. Pero debía desnudar las manos que apenas se entibiaban en los guantes y desabrochar la bandolera que por los arrastres se había caído hasta la entrepierna, bajar el cierre con los dedos ateridos y sacar el pene.

Pensó en los colores, un contraste extraño en esa tierra gris: el rojo, el verde, las polleras, la arcilla. Oyó el lamento multiplicarse en el desierto, un desierto fresco y un sol engañoso, una mujer buscando el favor del viento para que se llevara al valle su música y la pena que se abrazaba a esa música. Escapó un pequeño puñado de orín; no lo pudo contener. Se avergonzó al principio pero después, cuando el líquido cruzó su miembro hasta la tela, sintió alivio en ese calor y dejó que saliera todo. En el segundo del acto, ya decidido a no contenerse, lo desconcentró una digresión: después podría ser peor, después el orín podía congelarse sobre su ropa y su piel. Pero la duda se fue con el placer hasta la última gota; agua caliente en sus piernas, baño de agua caliente.

El frío es mental. La sensación de dolor que causa cualquier temperatura extrema del ambiente es absolutamente controlable. El teniente reprende a Ábalos porque tiembla y

gime, le dice que se controle y lo hace con un grito ahogado y seco. Lo hace para alentarlos, para que focalice su esfuerzo en no sentir ese frío aparente que es sólo un engaño, un placebo para la debilidad y la haraganería de los hombres sin disciplina. El teniente cuando era un niño tenía un perro. Un bóxer todavía cachorro que atropellaba todo con sus patas fibrosas y torpes. Una mañana de invierno lo bañó en el piletón de la casa de campo, tallos del cultivo escarchados como espuma de mar en la alfombra. El perro enfermó y hubo que gastar en veterinarios y llantos. A la mañana siguiente su padre lo obligó a desnudarse y a sumergirse hasta el cuello en el tanque australiano. No podía hablar. Sentía el corazón golpear hacia fuera del pecho, como si quisiera escaparse de algo que rondaba sus entrañas. No sentía nada desde su mentón tembloroso hacia abajo. Pero podía oír a su padre. Podía ver y oír la boca de su padre sobre el borde del tanque que le decía que no pensara en el frío, que el frío no existía.

Llegó la orden de dejar las trincheras. Era imperioso reunirse con la unidad en la retaguardia -la desesperación en la orden lo delataba-, dejar la seguridad precaria del pozo, el muro de barro que los escondía de la intemperie -como si el frío volara por encima de ellos y no se rezumara de la misma tierra, como si no se filtrara en los huesos como el cáncer-; era hora de exponer la carne al acecho del fuego enemigo. El teniente dudó. Hizo un esfuerzo impostado por creer que esa duda provenía de una sospecha de que había otro camino más digno. Retroceder es un acto de cobardía, pensó. Pelear hasta la muerte. Ver pasar, con los ojos nublados y vacilantes, las suelas de los botines enemigos al otro lado de la línea. Imaginó el futuro en una ráfaga: nadie le diría nada, caminaría entre los demás, los que quizá también habían dejado una trinchera; cobijado en esa excusa que ya parecía legítima en el rumor de las tropas: la superioridad del enemigo o los cambios de estrategia que llegaban desde arriba. Miraba a Ábalos temblando en un rincón con los brazos extendidos por no poder recostarlos sobre las rodillas. La orden se repetía por la radio y urgía actuar. La niebla se iba disipando, nebulosa que manchaba el cielo del horizonte, los pedazos del fondo del cuadro que se quebraban abajo en la aridez del suelo.

En las siestas de la infancia el teniente cerraba los ojos y planeaba: caería despacio por el borde de la cama, apoyaría la mano y se recostaría en el piso sin despertar a su padre,

arrastrando su cuerpo frágil hasta la puerta de la habitación, reptando hasta la luz débil del living y de allí hasta el patio. Cuando abría los ojos aún estaba en la cama. Las piernas no se movían, un peso invisible sobre su cuerpo lo inmovilizaba. En la trinchera, con los ojos abiertos, el mismo peso lo empujaba nuevamente hacia el fondo de barro.

Se miró los brazos y la mano trémula abierta a nadie. Ya no sentía la entrepierna, el dolor que subía hasta su estómago le daba existencia a la otra mitad de su cuerpo. Se vio fuera de sí, caminando por una de las calles pendientes y saliendo de los pasillos oscuros que en el fondo guardaban el sol de la quebrada, encontrando al hombre sentado en la esquina que estaba como siempre esperando una limosna.

Serían así, como las recordaba, las calles de su pueblo. Guardarían un misterio y una nueva hora cuando era él quien las cruzaba entre los turistas que guardaban en las alforjas su imagen, la suya y la de los cerros, como si fuera parte latiente de ese paisaje y de esa historia banal y ajena.

La imagen del hombre pidiendo no había sido construida en esas islas al sur, era un hombre por el que una vez había preguntado en su ciudad. Solía pasar días y noches, sentado en la esquina que recibía a los que bajaban del cerro. Una mujer le contestó con la sabiduría de quien conoce la vida de todos:

La está esperando desde hace tiempo –dijo-, se emborracha a la mañana y la espera ahí sentado. Le han puesto monedas y empanadas en la mano y las deja caer a un costado; nadie sabe qué es lo que pide. Yo sí lo sé, la está esperando.

Una tarde pasó por allí rumbo a la estación. El hombre no estaba. Había unas personas conversando junto a la esquina vacía como si hubieran esperado todos esos años que el invasor se fuera para poder ocuparla. Preguntó a la misma mujer dónde estaba. Respondió. Se lo llevó. Quién se lo llevó. La estaba esperando y se lo llevó.

El teniente se acercó a Ábalos y pudo percibir el hedor, aun con la nariz congelada. Se dejó caer junto a él y le dio un puntapié en las costillas. Si hubiera podido incorporarse lo habría pateado hasta matarlo. Sólo hay hombres y débiles. Había aprendido a diferenciarlos en el Liceo. Todos los mismos pantalones deportivos azules, las camisetas blancas y el cabello a ras del cráneo. Pero tras la uniformidad había quiénes

se arrastraban sobre los charcos como si estuvieran chapuceando en un manantial, y los que lloraban para adentro, los que disimulaban las lágrimas en el agua estancada. Arroyo era el apellido. Tercer año. Todo estaba en la mirada, en las manchas rojizas que le invadían el cuello cuando le gritaban o cuando no podía escalar los muros y quedaba con el culo parado sobre la cornisa. Una noche llegaba de la guardia y descubrió camas vacías, entre ellas la de Arroyo. Escuchó un gorjeo que provenía del baño. Asomó su cara en silencio por detrás de la puerta y vio dos cuerpos blancos, parados, meciéndose contra los mingitorios. Lo estaban cogiendo. Hacían cola detrás del cadete que empujaban contra los azulejos. No recordaba la cara de excitación de sus compañeros, la de Arroyo; sólo a un hombre débil contra la pared.

Le ordenó que saliera de la trinchera. Lo empujó desde abajo mientras oía el quejido, acaso por no poder mover los miembros entumecidos, o por no querer hacerlo. Ábalos aterrado intentó volver a la trinchera. Sabía que no podía rogarle porque despertaría su ira, pero arrugaba los ojos y los pómulos casi sollozando mientras el teniente volvía a empujarlo hacia fuera con la culata del fusil. Quedó al borde del pozo, a merced del enemigo. El teniente lo miraba con el rabillo del ojo, pero su atención se fijaba en el frente esperando el fogonazo o el humo. Gritó a las otras trincheras. Dio la orden. Los hombres emergieron de la tierra tambaleándose pero tomando velocidad hacia el teniente. Esperaban su guía, pero él los insultaba en murmullos y les señalaba la retaguardia para que corrieran hacia allí, mientras observaba con el binocular desde dónde vendrían los disparos

Ábalos se desmoronó. Sus piernas se vencieron y su cintura fue llegando a las rodillas. Hizo fuerza para sacar más orín de su vejiga y reeditar la sensación de calor. Baño caliente. Nada respondía. Iba a sacar las tripas por la boca antes de lograr mover algo allí abajo. Ni siquiera la patada del teniente lo había estremecido, fue como recibir el golpe en la mochila o en el morral. Cuando caía de cara al suelo, sintió los brazos de sus camaradas que lo reconstruían en el aire y lo arrastraban lejos del frente.

Comenzó el viento, veloz como si nunca hubiera parado. O acaso era una ráfaga que había logrado llegar hasta él, una más hábil o rebelde que giraba entre las demás y que

envolvía el aire y se filtraba por las hendiduras del paisaje. Una luz total y débil lo rodeaba, una luz en la que podían brillar los mercurios como si fueran artificios. Sólo unos años atrás, junto a sus hermanos, se sentaban en el tapial que sobrevivía en las ruinas de una fábrica, un tapial que era también el límite del barrio industrial de Manchester, y desde allí veían esa misma luz y las otras más brillantes que comenzaban a sobrar en el alba. Sería así esa imagen que volvía ahora desde tan lejos a esas islas. Serían así todavía las palabras de esa hora, los colores de la noche, la violencia y la amargura refrescante de la cerveza.

Fijó el ojo en la mira. En la profundidad de su visión un movimiento la enrarecía. Unos hombres corrían hasta perderse tras una loma. Dos de ellos arrastraban a otro y se esforzaban con torpeza por alejarse, mirando hacia atrás y huyendo de un acecho que ni él ni ellos mismos comprendían. Descansó un segundo. Se despojó de la tentación de disparar y en cierta forma se creyó piadoso y magnánimo. Un movimiento más cercano lo crispó. Otro hombre surgió de la tierra y se puso en pie. Un hombre con la serenidad y la eficacia del mando, caminando hacia el mismo lugar. Había esperado pacientemente que el enemigo –él- revelara su posición. Nunca supo por qué había comprendido todo, esa duda sólo existió esa misma mañana para después perderse en el bullicio de la guerra. Lo encerró entre los dibujos de la mira y lo siguió. Respiró con cada paso y con cada sube y baja de los hombros. La nube de astillas y el humo. El derrumbe. Quedó el bulto junto a la trinchera. Eso tuvo vida –pensó-, tan sólo hace unos segundos. Hubo un tiempo en el que iba a transcurrir en otros lugares y otros días. Ya no. Se acercó al cuerpo luego de caminar más de lo pensado. Se arrodilló agitado. Revisó los bolsillos y el morral. Arrancó las hojas de una libreta que tenía números y nombres y las guardó. Miró a los costados, hacia todos los puntos cardinales, hacia un lado pensó en los confines del hielo, hacia otro en su hogar, hacia sus flancos el mar y una tierra que desconocía, una tierra con sus barrios industriales y sus luces tristes, con la gente bebiendo y risas y palabras. Volvió a sus botas, al hielo que sobrevivía entre las pequeñas matas y las rocas. El viento volvió a rugir y con ese rugido trajo también voces de otros rincones de las islas: quejidos y susurros que podían haber sido rezos. Luego escuchó el silencio.

La orquesta roja

(Rosario, 1988)

Fue en la navidad del 77, yo tenía seis años cuando mi tío me contó de la *Rote Kapelle*. Estábamos sentados en el living de la casa de calle Córdoba, donde pasábamos las fiestas hasta que nos mudamos al oeste. Su hija Victoria, mi prima, también escuchaba mientras jugaba con una cocina de plástico, sartenes y ollas, las tazas de té y las conservas de sopa Campbell. El tío hablaba suave y sonriente, nos acariciaba con la voz. Marcaba con las manos y con los ojos las tensiones del relato. Nada de lo que decía parecía ser innegable como todo lo que venía de los adultos. Él nos permitía dudar, agregarle ramas a lo que decía aunque todo terminara siendo un gran bosque. También ese clima tenía que ver con sus historias, eran extrañas y prohibidas. Las contaba en murmullos, lejos de los demás que en ese momento rompían las nueces con una pinza y destapaban las sidras apretando el corcho con el marco de una puerta.

Yo había recibido uno de los dos mejores regalos de mi vida y cuando el tío nos vio en el patio jugando se arrodilló a conversar con nosotros. De alguna manera aquel juguete le había hecho recordar la historia de la *Rote Kapelle*, que en alemán quiere decir “orquesta roja”. Siempre andaba por la casa, caminando entre los muebles en silencio o sentado entre la conversación de mis abuelos y mis viejos, y como si le hubiese llegado un mensaje a la mente desde algún otro lugar corría a buscarnos a los dos para contarnos algo. Nos escapábamos despacio hasta algún rincón de la casa y lo escuchábamos.

Esa noche buena, como todas, nos hicieron subir a la terraza a seguir la estrella en la que viajaba el Niño de Dios, y que podía ser cualquier astro o satélite que brillara en la oscuridad e incluso esos aviones que nos hacían sentir pena por los que viajaban en ellos y no podían estar en sus casas para pasar las fiestas. Cuando volvimos de la terraza estaban los regalos bajo el árbol, un árbol alto cargado de adornos y de luces. El paquete con mi nombre era demasiado largo. Mientras rompía el papel que lo envolvía no podía adivinar de qué se trataba. Era rectangular y eso descartaba la pelota. Disfruté esa deducción con algo de culpa. Mi viejo siempre insistía con la pelota y a mí el fútbol jamás me había llamado la atención. Tampoco era un libro, ni remeras, ni un karting. A medida que caían los papeles rasgados podía ver una plancha con juguetes ajustados a ella con bandas elásticas y dos bolsas con juguetes más pequeños. La cartulina estaba adornada de explosiones, banderas y palabras de otro idioma. Era un set de combate de

la segunda guerra. Veinte soldaditos: diez alemanes que eran los azules y los demás verdes, que eran los aliados. Cada bando con un camión, un tanque y un jeep. Podían verse todos los detalles en las caras de los soldados. La boca con una mueca de angustia o bravura, los ojos entrecerrados para apuntar mejor, cada botón del uniforme, los cordones de los borceguíes e incluso, en la mano de un soldado aliado había un anillo, y aunque todos a los que les mostraba sorprendido el hallazgo me dijeran que no, yo estaba convencido de que era un anillo.

Cuando hablo de navidades recuerdo muchas, pero sobre todo recuerdo dos. Aquella de la *Rote Kapelle*, y la última, cuando en la casa del oeste recibí el segundo mejor regalo de mi vida.

Las fiestas en calle Córdoba son las de mi niñez. Las fotografías, las de papel y las que se van desvaneciendo en mi memoria, muestran la ansiedad por las doce de la noche, el tío con los cuetes y las bromas, y el abuelo disparando tiros al aire con un revolver viejo al que el tío le tenía terror. Cuando el abuelo hacía eso él abrazaba a Victoria y se la llevaba a un rincón del patio detrás de una columna; era la única vez que se lo podía ver molesto.

La música era distinta según el lugar. En la casa del oeste la elegíamos nosotros, mi hermana mayor ya era adolescente y de fondo y muy despacio nos hacía escuchar alguna balada, algo un poco más agitado a medida que nos acercábamos a la medianoche. En cambio en calle Córdoba escuchábamos la misa criolla de Ariel Ramírez y todos cantábamos varias veces la canción de los reyes magos: *changos y cholitas duérmanse, que ya Melchor, Gaspar y Baltasar, todos los regalos dejarán, para jugar mañana al despertar*. Después mi viejo nos hacía escuchar el disco de plástico. Había venido de regalo en una edición de las Selecciones del *Reader Digest*. Era negro, con el sello de la editorial de color rojo en el centro; ya estaba arrugado en los bordes y aún podía escucharse. Tenía grabados los ladridos de la perra Laica. Lo escuchamos todos los años hasta que el plástico no resistió y por suerte para todos ya no se pudo utilizar. Mi viejo decía que había sido una crueldad dejar en el espacio a una perra indefensa, que terminó muriendo sola, a miles de kilómetros de la tierra, ahogándose por la falta de oxígeno. Recordaba las cadenas de oraciones que habían

hecho en Estados Unidos para pedir por su vida, los programas periodísticos que pasaban imágenes de la perra y se compadecían por el destino que le esperaba; también criticaban a los rusos por insensibles y asesinos. El tío por el contrario decía que era un orgullo para el hombre haber puesto en el espacio a un ser vivo, que había sido en nombre del progreso de la humanidad, que el animal había muerto heroicamente y que había sido mucho más valiente que muchos hipócritas que se lamentaban, pero que no dudarían en matar por cualquier cosa. Lo decía con bronca pero con dulzura, como decía todo.

La casa de calle Córdoba quedaba a la vuelta de la estación Terminal, por eso siempre recuerdo o sueño con gente cargando valijas y colectivos cruzando las aceras. Tenía un garaje donde guardábamos las revistas y los libros, no teníamos auto. Cuando me escapaba de la siesta me encerraba allí para leer los Dartagnan o los fascículos de Mafalda. A la izquierda estaban las habitaciones. Primero la de mis viejos -la ventana de ellos daba a la calle-, en el medio la nuestra, donde dormíamos mi hermana mayor y yo, y en el fondo, por el mismo corredor, la de mis abuelos. Después del zaguán un living, pasando al medio de la casa un patio en dónde estaba la escalera de la terraza y en el fondo la cocina. Desde la cocina hasta la pieza de mis viejos había unos cincuenta metros, muchos más para un pibe de siete años que veía todo gigante y las distancias interminables. Las noches de invierno cuando nos reuníamos a comer en la cocina, mi viejo me ordenaba ir a buscar los cigarrillos que se había olvidado en su pieza. Estaba oscuro. Cuando mi hermana y él se aseguraban de que yo estuviera lejos, casi llegando a la habitación, me hacían voces de fantasmas o de monstruos. No puedo olvidar esa sensación de pánico, de creer que desde cualquier rincón de la oscuridad podía saltar cualquier cosa sobre mí. Volvía corriendo a la cocina, riéndome para disimular el terror. Creo que ellos lo sabían y aún así lo seguían haciendo.

Junto a la casa de calle Córdoba había un departamento de pasillo en donde vivían unos estudiantes. Eran dos chicos y una chica. Alberto, Jorge y Mariana. No recuerdo qué estudiaban. Los solía espiar desde la terraza. Siempre había alguno de ellos sentado en una mesita, en cueros en el verano y en pijamas en el invierno, tomando mates y estudiando. Nos hicimos amigos el día en que nos trajeron a Popi, nuestro perro.

Creíamos que se había escapado y ese era un barrio de mucho tráfico. Habíamos pensado lo peor. Pero se había caído desde la terraza al pasillo y se había quebrado una pata. Ellos lo llevaron al veterinario y nos lo devolvieron entablillado. Mariana lo traía en brazos. Era increíblemente rubia, con un pelo fino y largo que le llegaba hasta la cintura. Era blanca y de ojos bien azules, había escuchado a mamá decir que era descendiente de alemanes judíos. Es un lugar común decir que era un ángel, pero la imagen no podía compararse con otra cosa: la luz áurea de la puerta de calle rodeándole la cabeza y azogándole la cabellera, y el perro con una mirada compungida, acurrucado en sus brazos. Me enamoré de Mariana. Me sentaba en el umbral de casa hasta que ella salía para irse a la facultad y le regalaba cuanto estupidez encontrara: flores, caramelos media hora –que nos traía mi viejo con alegría, como si fueran deliciosos- recortes de revistas que yo consideraba increíbles, como la foto de un delfín saltando sobre el océano, o la de un futbolista en el aire impactando una pelota. Ella recibía todo con una sonrisa y algunas veces, sólo algunas veces porque era muy tímida, me daba un beso en la frente.

Cuando Hitler y Stalin se declararon la guerra la mayoría de los diplomáticos rusos residentes en Alemania, que además estaban en el servicio secreto, tuvieron que volver a Moscú. Estaban identificados por la GESTAPO y corrían peligro de que los mataran o los detuvieran. Los soviéticos se quedaban sin una red de espionaje en el país enemigo y por entonces era muy difícil enviar agentes a que cruzaran las fronteras. Entonces un grupo de militantes comunistas organizaron su propia red para enviar informaciones a Moscú. La *Rote Kapelle*. Eran jóvenes o personas sin ningún tipo de experiencia militar. No habían sido entrenados ni recibían pagos por la información, como solían hacer con los espías profesionales. Lo hacían porque en su más íntimo pensamiento, aunque corrieran peligro sus vidas, estaban convencidos de ser fundamentales en esa historia; como si en medio de ese país que hervía de odio hubieran sido los elegidos para preservar la libertad del mundo. Llegaron a infiltrarse en las esferas más importantes del poder alemán, hasta tuvieron agentes en el Ministerio de propaganda de Goebbels. Había entre ellos un dramaturgo, un almacenero y varios estudiantes. Había también una pitonisa que se llamaba Anna Krausse. Les adivinaba la suerte a hombres de negocios emparentados con el Tercer Reich y a oficiales del ejército alemán. Allí todos hablaban.

Le preguntaban sobre la fortuna, sobre el amor, y por supuesto querían saber también sobre los planes de la guerra. Los revelaban con lujo de detalles, con absoluta confianza, esperando saber si iban a tener éxito cuando en realidad, de alguna manera, estaban contribuyendo a su propio fracaso. Filtraron información durante años y realmente nadie en Moscú entendía cómo habían logrado durar tanto sin que los descubrieran. La ubicación de las bases del Luftwaffe, los planes de invadir Rusia, códigos de comunicación, todo llegó a manos del ejército rojo gracias a ellos. La policía alemana los llamaba “La orquesta roja” porque gran parte de sus mensajes que ya habían podido interceptar, los habían enviado por radio. Supongo que en ese entonces se escuchaban los conciertos por radio. Cuando el tío me contaba esto los imaginaba trabajando en sus distintos lugares, a la pitonisa en su casa llena de cortinas y bolas de cristal, a uno de ellos en un almacén de curtidos, todos con aparatos improvisados, escondidos bajo la mesa y los mostradores, todas las cuerdas vocales coordinadas para el gran concierto. Cuando le pregunté al tío qué les había pasado después de ser descubiertos me dijo que eso no importaba, que si a ellos no les había importado, a nosotros tampoco.

Fue una noche de verano cuando no me dejaron ver más a Mariana ni a los chicos. Lo sé porque mi viejo estaba durmiendo en la terraza. A veces no soportaba el calor y no le alcanzaba con un ventilador desvencijado que apenas escupía una brisa y un crujido oxidado; daba la impresión de que en cualquier momento iban a volar las aspas para cualquier lado. Entonces subía el colchón y una sábana, y dormía mirando el cielo, las pocas estrellas que podían verse entre las luces de la ciudad. A veces yo lo acompañaba, pero al rato bajaba porque no soportaba los mosquitos, ni los ruidos de la estación.

Esa noche sentimos corridas y gritos en la terraza. Mamá corrió por la escalera, creyendo que le había pasado algo al viejo. Cuando subimos la escena era imposible. A él no le había pasado nada, estaba en calzoncillos, hablando con unos policías. La terraza estaba atestada de ellos. Había una fila saltando el tapial que nos separaba del pasillo de los chicos, y otros estaban asomados a la calle, haciendo señas y gritando. Llegaban autos con más policías, más hombres, todos armados con ametralladoras o fusiles. Mi viejo les abrió la puerta de calle; uno de los tipos, de bigotes anchos y ojos claros, se lo había ordenado. Entraban y cruzaban toda la casa, pasaban por el living y después al patio; lo hacían entre nosotros, que estábamos en ropa interior, anonadados y

temerosos. Cuando pasaban a mi lado me acariciaban la cabeza y me decían que no tuviera miedo, que no nos iba a pasar nada. Mamá me llevó de un brazo a la cama y me dijo que estaba prohibido desde ese preciso instante asomarme al pasillo o hablar con cualquiera de los chicos de al lado. De todas formas jamás volví a ver a Mariana ni a ninguno de ellos, y como si hubiera sido una casualidad amarga, a los pocos días murió Popi atropellado por un colectivo. Estuvimos días buscándolo hasta que lo encontramos en el cordón de la vereda, algunas cuadras más allá de Córdoba. En los días de la búsqueda no me animaba a mirar al lado pensando que podría haberse caído de nuevo sin nadie esta vez que lo pudiera ayudar, que estaría agonizando solo, como la perra Laica.

Una tarde de domingo subimos con el tío a la terraza. El se asomó al pasillo y yo le grité que no lo hiciera. Lo abracé y lo llevé hasta el frente de la casa. Recuerdo que cuando nos asomamos a la calle vimos a tres camiones del ejército de los que bajaban unos soldados con baldes y pinceles. Comenzaron a tapar con brea unas pintadas que había en las paredes de enfrente. Entonces el tío me preguntó por qué me había asustado y yo le conté todo lo ocurrido esa noche. Le pregunté por qué me habían prohibido volver a ver a Mariana y sin contestarme, ceñudo y silencioso, me acarició la cabeza. Igual que los policías, pero distinto.

El tío era el hermano de mamá. Era el único varón y el menor de tres hermanos. Pero no era por eso que todo el mundo lo quería o lo protegía. El tío tenía una bondad infinita. Mamá siempre decía que era capaz de sacarse la comida de la boca para dársela a otro. Mi viejo, como siempre cuando mamá hacía ese comentario, decía que era un boludo, pero en esas cosas a nadie le importaba lo que decía mi viejo.

Los cumpleaños del tío eran famosos. Ese día desfilaba gente desde la mañana hasta la noche. Todos pasaban a saludar pero en realidad se quedaban horas en la casa de la abuela riéndose y tomando cerveza con el tío. Tenían que preparar comida y bebida para un batallón, y los años en los que él había ingresado en la universidad, cuando venía más gente todavía, se convencieron de alquilar barriles de chopp.

Acaso porque era el más querido, siempre era el más cuestionado. Había tenido a Victoria muy joven, pero después se había separado y la veía sólo los fines de semana. Ella había nacido un mes después que yo y eso, sumado a que de alguna manera su

padre tenía un cariño especial para conmigo, nos había hecho muy unidos. A veces jugábamos a que éramos hermanos y el tío nuestro padre.

Solíamos ir con Victoria a su departamento. Tocábamos la guitarra y jugábamos a la básica. Una noche nos quedamos a dormir. Nos hizo tortilla de papas como nos la hacía la abuela y nos acostó a los dos en su cama. Nos dejó dormir con la puerta abierta y una luz encendida, algo que para mí era una novedad. Yo tenía terror a la oscuridad y en casa nos obligaban a dormir con la luz apagada. Cuando la pieza quedaba a oscuras yo me escondía debajo de las sábanas hasta dormirme. Él nos dejó encender la luz del baño. Cuando levanté la vista hacia el respaldo de la cama vi un dibujo pegado en la pared. Era un hombre de patillas y ojos transparentes, vestido con un uniforme militar y un poncho cayendo en su hombro izquierdo. El dibujo estaba hecho con mina de lápiz sobre un afiche blanco, salvo unas siglas en fibra roja que cruzaban el afiche y el nombre de ese hombre, también en rojo. Manuel Rodríguez. Al otro día le pedí que me contara la historia de Manuel –para él todo era una historia-, y me la contó. Victoria se fue enojada a ver televisión, diciendo que ya se la había contado un millón de veces. Después de escucharlo me llevó hasta el tocadiscos y escuchamos una canción, una canción triste que decía cómo lo llevaban preso a Manuel. Lo imaginaba esbelto y con los ojos verdes; lo imaginaba valiente, orgulloso y testarudo, yendo en su caballo con la frente en alto y mirando con desprecio a quienes lo escoltaban. Nunca hablé con mis viejos de eso. Estaba prohibido hablar de Manuel Rodríguez en mi casa -aunque no tuvieran ni la menor idea de quién era-, o de cualquiera de las cosas de las que hablaba el tío. No volví a oír jamás ese nombre hasta hace unos meses, cuando en la casa de un amigo, su madre escuchaba aquella canción. Me dijo que se llamaba “El cautivo de Til Til” y que había estado prohibida durante mucho tiempo. Cuando la madre de mi amigo me hablaba de eso se le llenaban los ojos de lágrimas, como al tío.

En el ´78 nos mudamos al oeste. Mis abuelos le habían regalado el dinero a mamá para que pudiera comprarse una casa. Nos fuimos fuera de los bulevares, donde las calles eran de tierra y había zanjas en lugar de cordones; el bautismo para los recién llegados era caer a la zanja y yo me bauticé a los dos o tres días, y de cuerpo entero. La casa era pequeña. Apenas un living angosto, dos habitaciones, un patio que estaba cubierto por

un toldo de lona agujereado y percutido y una terraza con lavadero. Ese lavadero fue nuestro refugio, y digo nuestro porque Victoria vivió con nosotros todo ese año. Íbamos a la escuela de mañana y a la tarde, después de almorzar, subíamos y nos encerrábamos en el lavadero hasta que nos llamaban. Con los pedazos de carbón que quedaban en la parrilla hacíamos dibujos en las paredes del tapial. El lavadero fue una nave espacial que viajó a Marte, que volvió en el tiempo para cazar un Tiranosaurio y que fue al futuro para pelear una guerra contra mutantes. Fuimos Gilgamesh, Nippur de Lagash y Dago. En ese lugar, por primera vez, Victoria apoyó sus labios en los míos y me enojé porque sentí el pudor y la vergüenza de que alguien fuera más audaz que yo. Salí corriendo y me escabullí bajo las sábanas, como cuando me escondía de la oscuridad. También allí lloramos juntos por su papá; ella lloraba porque no podía verlo, y yo por eso y por verla triste.

Llegó el mundial. Hacía frío. No me contagié de entusiasmo hasta después de Perú. Los primeros partidos para mí eran como cualquier otro partido de fútbol: aburridos, inentendibles. No era el único. Mamá contaba también los goles de las repeticiones y los resultados para ella eran inverosímiles. También creía que “replay” era un goleador y siempre preguntaba por qué estaba en todos los partidos. Pero ella no tenía la opción de escapar, de irse a su pieza a leer o de visitar una amiga; si lo hubiera hecho todos se hubieran fastidiado. Era como una ceremonia sagrada sentarse todos frente al televisor que había traído el viejo de Uruguayana, con las banderas en los hombros y un cuadro de la selección con la Virgen de Luján. Victoria, que todavía estaba con nosotros, y yo estábamos eximidos. Cuando jugaba Argentina nos íbamos a jugar a la vereda. Nos tenían prohibido movernos de allí pero cuando todos estaban hipnotizados con el fútbol nos escapábamos, dábamos la vuelta manzana hasta la calle trasera y nos saltábamos al depósito de fierros de la vuelta de casa, a jugar a las escondidas. La calle estaba desierta. Sólo se oía un estruendo de voces en cada gol de Argentina, un estampido que retumbaba en todo el barrio como si el grito hubiera venido de la misma tierra. Pero sólo por un segundo, después era todo silencio. No había nadie ni nada, la tarde fría y gris y nosotros dos rompiendo esa quietud, con murmullos y en puntas de pies, como si fuera sacrilegio. Todos habían desaparecido, como en las películas en las que comienza la gente a desaparecer de a una hasta que un día el protagonista se despierta, sale a la

calle y ya no hay nadie, sólo él y el mundo abandonado. La selección fue avanzando en el torneo y cuando terminaban los partidos el barrio era un hormiguero. Comenzaban a salir los autos y los camiones repletos de personas con sombreros y banderas, gritando y cantando. Victoria y yo volvíamos a casa y nos íbamos todos a calle Mendoza a ver pasar los autos y a gritar. El viejo me llevaba en sus hombros y a Victoria la llevaba el abuelo, que iba a ver los partidos con nosotros. Era un mar de banderas que flameaban y no se podía ver las caras de las personas. Todo era celeste y blanco. La tarde de la final, cuando más gente hubo, pude ver entre ese mar humano a un hombre caminando, serio y adusto. No iba al ritmo de los demás, sencillamente caminaba abstraído del movimiento y del entusiasmo de su alrededor. Sin hablar, sin hacer ningún gesto, parecía decirnos con ese andar que había algo escondido de nosotros, algo más urgente y poderoso que estábamos olvidando o ignorando. Papá también lo vio y levantando los ojos hacia mí me dijo: seguro que es holandés.

Se mezclan en tan sólo un año el frío y el verano, los frutos de los Paraísos que fueron cubriendo la calle y el otoño en el que se talaron los árboles e hicimos carpas con las ramas, todas las cosas que fueron sucediendo en ese nuevo lugar y que no me permiten saber exactamente cuándo se fue Victoria -la llevó su madre a Europa-, cuándo fue la última vez que nos vimos y cuándo fue la última vez que estuve con el tío. Nadie me había prohibido hablar de él pero había una niebla invisible y densa en el ánimo de la familia, y algo me decía que tenía que ver con su ausencia, con alguna cosa que había hecho y que era a los ojos de todos dolorosa y reprochable. Sólo una vez sorprendí a mis padres hablando, oí el nombre de mi tío, a mi viejo ladrando con que estaba metido, metido en algo o con alguien y mamá llorando, cubriéndose la cara y ahogando el llanto para que no los pudiéramos escuchar. Después mi prima se fue y pasó mucha agua por debajo del puente, pero yo seguí, acaso hasta hoy, recordándolo en muchas cosas, cosas que tienen que ver con esa extraña manera que él tenía de hacernos ver todo.

Fue una tarde de ese invierno, ya había terminado el mundial pero las calles seguían desiertas por el frío. El barrio se plagó de policías y de periodistas. Fue quizá como la noche en la terraza de la casa de calle Córdoba, con la diferencia que no habían venido a llevarse a nadie. Una cuerda rodeaba la fábrica en la que jugábamos con Victoria. El

dueño se había suicidado. Se había colgado de una de las vigas exteriores del galpón. El tapial no permitía ver nada, los vecinos se habían agolpado para poder ver algo a través de las rendijas que dejaban el portón y la pared, pero la policía los empujaba hacia la calle. Con mi hermana mayor nos subimos a un Paraíso de la vereda y lo vimos. A primera vista nos sorprendió su posición: no verlo vertical y flácido, con los pies pendiendo hacia el suelo como en las películas. Estaba con una pierna hacia fuera y un brazo extendido hacia la viga, como tratando de alcanzar el nudo que lo sostenía. No dijimos nada, bajamos y nos fuimos a casa. A la noche no pude dormir, no podía quitarme de la cabeza esa imagen, el azulado de la cara y los ojos casi saltando de las cuencas. Al otro día papá estaba mirando fútbol, sentado en una reposera que abría al costado de la mesa de la cocina. Me senté a su lado y le pregunté por qué el cuerpo del ahorcado había estado así. Sin quitar la vista del televisor, me dijo que era porque se había arrepentido.

Por esos años tuve otro roce con la muerte. El viejo trabajaba en una empresa de colectivos de larga distancia. Era jefe de personal. Un sábado nos llevó a mí y a un amigo del barrio a su trabajo, para enviar unos telegramas de despido a unos conductores huelguistas. Me acuerdo que tenía sobre el escritorio un paquete con los clavos “miguelito” que les tiraban a los colectivos que rompían la huelga. Debajo de su oficina en el primer piso estaban los talleres de la empresa y todas las unidades en desuso o en reparación. Un excelente terreno de juegos. Éramos capitanes de submarinos, astronautas a Marte. Papá nos dijo que el último colectivo del galpón había tenido un accidente en el que habían muerto cinco personas. Nos dijo riéndose que fuéramos y buscáramos la cabeza de uno de los accidentados que nadie había podido encontrar. Acaso nos llevó hasta allí la misma curiosidad morbosa y caníbal de los vecinos de mi barrio que querían ver al ahorcado. Subimos al coche destrozado en su parte delantera y recorrimos el pasillo con temor. En uno de los asientos, en la cuerina de la cabecera, había sangre. Allí probablemente había muerto alguien, había sufrido y había visto por última vez una luz, encerrado entre hierros, quizá sólo, sin nadie a quien hablar o rozar con el último suspiro.

Una de las cosas que me hacen recordar al Tío son los pies de las personas. Una vez, cuando era más chico y él todavía iba a las fiestas familiares o a visitarnos a casa, me convenció de usar sandalias. Yo las odiaba. Tenía el cumpleaños de un primo y me habían vestido con una bermuda y sandalias. No paraba de llorar. Mamá para convencerme recurría a artificios sin efecto, incluso que me enojaban aún más de lo que estaba: “son frescas”, “papá las usa”. Recuerdo mirándola sin consuelo, sin entender esas razones que para mi eran inaceptables. ¿Qué culpa tenía yo que papá fuera un ridículo, que le gustara mostrar esos dedos pálidos, de uñas desaparejas y roídas? El tío se arrodilló a mi lado y me dijo que siempre que conocía a alguien le miraba los pies. Los pies decían mucho de las personas. No si eran buenos o malos o si eran de confiar o de evitar, sino de todas las cosas buenas que podían tener. Los que usaban mucho tiempo botas o borcegués y no mostraban los pies, no tenían nada bueno que mostrar. Capítulo aparte eran los pies de las mujeres. Uno se podía enamorar de ellas con tan sólo mirárselos. Los dedos que llegaban justo al borde de las sandalias, las uñas redonditas en la punta, sin pasar tampoco el filo del dedo y pegadas a la cutícula, como si fueran calcomanías. Y si eran pintadas, de morado o de rojo, eran mujeres perfectas. Cuando estoy en el bar con los muchachos y cuando vamos a bailar en el verano, o sencillamente cuando camino por la calle, mis ojos están fijos en la acera, buscándolos; los busco perfectos y es increíble que los haya, que encuentre siempre dos o tres mujeres de las que me enamoraría, aún sin mirarles los ojos y sin cruzar una palabra.

Comencé el secundario en el año 82. Decidieron enviarme a un colegio religioso que quedaba a tres cuadras de casa. No fue el hecho de que fuera confesional lo que convenció a mis padres de anotarme ahí, sino que la admisión no dependiera de un examen de ingreso, como era en la mayoría de los colegios. La verdad es que no tenían demasiada confianza en que yo pudiera pasar ningún examen. El sueño de mi viejo era el Liceo Militar de Funes. Creía que yo podía tener la suerte de salvarme de la conscripción y que necesitaba una formación militar para forjar mi carácter. Así lo decía, literalmente, “forjar mi carácter”. Pero cuando pensaba en la posibilidad de pagar el derecho a rendir me miraba de reojo y arrugaba la cara, pensando seguramente en que no existía milagro que lograra hacerme aprobar los dichosos exámenes.

Los primeros días, como todo lo que comienza con timidez y duda, eran sólo los detalles odiosos los que sobresalían de ese nuevo lugar: la disciplina, las misas y el uniforme. Siempre había usado guardapolvos y detestaba el uniforme gris con saco azul, aunque a mamá le pareciera que me veía hecho un hombre. Lo detestaba de la misma forma que a los guardapolvos antes de acostumbrarme. Cuando era más chico el tío solía ir a buscarme a la escuela con Victoria. Cuando caminábamos de regreso yo le pedía quitarme el guardapolvos y él nos contaba que habían dispuesto que todos lo usáramos para ser iguales, pero que no era sólo por eso. Nos decía que nos vestían a todos de blanco porque como en Rosario nunca nevaba, a la gente le gustaba ver por la calle una mancha larga de nieve. Y que los colegios técnicos tenían el guardapolvo azul porque en la ciudad tampoco había mar. Si alguna vez veíamos a personas en traje de baño esperando a la salida de algún colegio técnico, no debíamos gritarles que estaban locos ni avisar a la policía.

Lo cierto es que en ese colegio conocí a los mejores amigos que he tenido. Con algunos de ellos terminé el año pasado el secundario y otros quedaron atrás. Casi todos nos reunimos cada fin de semana para salir, aunque la vida nos fue llevando por caminos diferentes. Uno de los repetidores que siguió juntándose con nosotros, aún cuando ya no iba al colegio, era Huevo. Se quedó en primer año y lo obligaron a cambiarse. Lo esperábamos a la salida del suyo, que era vespertino, para ir a perder el tiempo al centro o tan sólo para quedarnos en la sala de juegos electrónicos, esperando a los demás muchachos. Horas y horas juntos, sin hacer nada. Sentados en una plaza en el invierno, caminando por calle Mendoza, haciendo dedo hasta la Florida en el verano. Si no teníamos un peso y hacía calor nos reuníamos en Mendoza y Castellanos, en la Esquina del viento, allí siempre estaba fresco; nos sentábamos en las ventanas de la Cooperativa Aciso, con el vientito en el cuerpo, tantas tardes tratando de descifrar el por qué: si eran los edificios que embolsaban el aire y lo hacían correr por un cañadón de mármol, si eran los plátanos que abanicaban con sus hojas, si éramos nosotros.

Con Huevo salí por primera vez a bailar y también con él tuve que soportar mi primer dolor de testículos a la salida de un baile, y con él caí en la primera razia. Lo primero y lo segundo sucedió en la misma noche de agosto. Fuimos a Sportivo América. Había estado toda la noche bailando con una misma chica y en la hora de la música lenta todo se volvió muy intenso. Por supuesto que en aquellos años, los míos y los de ella, esas

cosas no pasaban a mayores y había que soportar las consecuencias. No podía caminar. Hicimos señas al cincuenta y nueve y yo subí reptando hasta el primer asiento. El chofer le preguntó a Huevo si me sentía bien y él le dijo que yo siempre me subía así a los colectivos.

Lo tercero fue en vacaciones, nuestro primer verano de secundaria. Íbamos a una fiesta en un club del Parque Independencia. Cuando llegamos estaban todos apoyados contra el alambrado, casi dos cuerdas de pibes con las piernas abiertas y los brazos estirados. Quisimos salir corriendo por entre los árboles pero nos vieron desde un comando que estaba entre las sombras. Fuimos a parar con los demás y después en fila nos hicieron subir a unos colectivos de línea que estaban fuera de servicio. Recuerdo que el nuestro era un 9 de julio. Un rubio que iba delante de nosotros, antes de subir le dijo al policía que estaba junto a la puerta que ese colectivo no lo dejaba bien; lo dijo como una gracia. El policía le dio un cabezazo en la cara y le abrió un tajo encima de la nariz. Mi viejo nos fue a buscar a la seccional junto con los padres de Huevo. Ese día creí que me iba a matar, pero no me dijo nada. Me abrazó en la puerta de la comisaría, como casi nunca lo hacía, y me llevó a desayunar. Desde ese día teníamos terror a la policía y no iba a ser la última vez que yo y Huevo nos la cruzáramos. Él solía ser audaz en un sentido casi irresponsable. No tenía control sobre lo que no podía hacer, para Huevo era todo posible, siempre y cuando pudiera causarnos impresión. Fuimos al cumpleaños de una amiga. Era una chica del barrio de uno de nuestros compañeros. Lo festejaba en su casa. Un caserón bellissimo sobre Avenida del Rosario, un parque que la anunciaba y otro parque de fondo en donde se levantaba un quincho gigante que casi tenía la misma superficie que mi casa; allí hicieron la fiesta. Algunos habían llevado bebidas alcohólicas. Tres plumas y caña. Lo mezclábamos con la gaseosa. Lo hacíamos a hurtadillas. Fue cerca del mes de mayo y hacía mucho frío, el hálito rodeaba las palabras; fue un otoño en el que el invierno se había puesto impaciente. Huevo se emborrachó. Era una borrachera más fingida que sufrida, pero era ideal para sus payasadas, para cruzar otro límite. Cuando volvíamos, llevándolo entre dos para que no se cayera, nos detuvo un comando. Era una camioneta con policías y hombres de civil armados. Nos tiraron al piso, boca abajo. Nos revisaron y nos insultaban mientras lo hacían. A Huevo lo hicieron sentar en el cordón. Le hablaban y él no les contestaba. Me

levantaron a mí también y me preguntaron qué le pasaba. Yo les dije que estaba descompuesto, no me animé a decirles lo del alcohol. Uno de ellos le dijo:

Pendejo de mierda ¿estás borracho?

Huevo no contestó, miraba para abajo sin soltar siquiera un balbuceo.

El policía insistió:

¿A ver? Dame aliento.

Entonces a Huevo se le iluminaron los ojos. Nos miró con ese gesto burlón, la boca comenzando a ensancharse por las comisuras.

Te dije que me dieras aliento.

Levantó los brazos y los agitó en el aire frío, y comenzó a darle aliento al policía:

Vamos vamos, policía, vamos vamos, a ganar...

Se hizo un silencio profundo, un silencio que delataba las risas ahogadas de los que estábamos boca abajo, reprimiendo la carcajada entre las manos contra la vereda. Algunos de ellos también ahogaron las risas hasta que no pudieron más y estallaron. Estallaron las de ellos y las nuestras. Después de reír juntos un rato nos dejaron ir. A Huevo se lo llevaron. Lo subieron a la camioneta y nos dijeron que ellos les iban a avisar a los padres. Al lunes siguiente cuando lo encontramos en la escuela nos reíamos de la ocurrencia, pero él no. No se ufana como otras veces, sólo se ponía serio y nos decía que paráramos, que nada de lo que había hecho esa noche había estado bien.

Una de esas mañanas de colegio empezó la guerra. Siempre había imaginado otro comienzo: una invasión a un país más pequeño e indefenso, el asesinato de un archiduque, el ataque a un fuerte. Algo abrupto y definitivo que se formalizaba en un papel de ambos contendientes, sellos reales, escudos y la tan mentada declaración. Pero aquí la guerra parecía haber empezado en esa misma mañana y terminado al mediodía con un final feliz, como debía terminar toda guerra. Cuando llegué al colegio las banderas adornaban las puertas de todas las aulas. Formamos en el patio antes de entrar a clase, y la marcha de las Malvinas sonó en los bafles carrasposos. Nunca la habíamos escuchado hasta ese día. Ya no volvimos a cantar Aurora. En casa y en todas las casas de la cuadra había banderas. En las puertas, en las terrazas, en los balcones. Era otro mundial. Desde ese día íbamos a seguir las noticias -los comunicados del Estado mayor

conjunto- como seguíamos los partidos de la selección. Los goles iban a ser los Sea Harrier que bajáramos.

Al otro día de ese día de abril en el que habíamos desembarcado en las islas –todos hablábamos en plural, también como en el mundial-, en la clase de música la profesora nos enseñó la letra de la famosa marcha. El manto de neblina y el sol como ideal. También nos dijo que aquello de invadir las islas era una locura y un suicidio. Que se estaban matando y que no había ningún motivo para festejar o estar exaltados. Supongo, y lo supongo aquí y ahora y no en aquél momento, que todos llegaron a sus casas como yo y lo primero que hicieron fue contarles a sus padres lo que había dicho esa profesora de música cuyo nombre no puedo recordar. También supongo que como lo hizo mi madre, los padres de todos llamaron a la escuela para quejarse ante las autoridades por las barbaridades que habían escuchado sus hijos, barbaridades que no podían tolerarse justo cuando la patria estaba en guerra. El resto de las clases de música las dio el rector, el padre Waner.

Ganar o perder. Todo era eso. Ganar porque teníamos la razón, estábamos en el lado correcto. Ganar porque en las guerras que veíamos por televisión prevalecían los justos y nosotros lo éramos. Y todo era ese camino sin el frío ni los muertos que pudimos ver después de la rendición, la imagen del soldado temblando con el mentón vendado.

Yo había hecho lo que me correspondía; todos en casa lo habíamos hecho. Juntamos alimentos y los llevamos al edificio que estaba frente al monumento, el Palacio Vasallo. En el hall había miles de cajas de alimentos y abrigos. Cadenas de personas pasando las donaciones a la pirámide que llegaba con sus vértices al balcón del primer piso. También había una montaña de cartas sobre una mesa. Cartas que la gente le enviaba a un soldado desconocido, como la llama del monumento. Recuerdo que me molestaba que no supiéramos su nombre ni el lugar en donde había nacido. Le dije a mi hermana – que también había escrito una carta- que hubiera sido mejor que publicaran una lista con todos los nombres de los soldados que peleaban en las islas para que pudiéramos elegir uno, poner su nombre en el encabezado de la carta y en el sobre, y que dijeran su nombre con la llegada del correo, como si les escribiera un familiar. Ella me contestó que lo hacían para evitar que la carta fuera dirigida a un soldado que podría estar muerto. No tenía sentido escribirle a un muerto.

A mi hermana le contestaron. Era un chaqueño que se llamaba Abel. Tenía la letra de un niño. La carta estaba fechada el 1° de mayo, justo el día de un combate feroz sobre el mar, los Mirages bombardeando la flota; Abel debía estar mirando a sus aviones aguijoneando al enemigo. Eso imaginaba cuando la leíamos juntos, ahora imagino otras cosas. Después ya no tuvimos noticias de él.

Si tengo que terminar de pensar en la guerra siempre lo hago con la noche del día de la rendición. Lloré junto a mi viejo y él también lloró. Nos quedamos un rato frente al televisor y me dijo que no habíamos tenido los huevos para ganar. Que los pibes que habían ido a pelear no tenían experiencia ni fuerza contra los ingleses. En el televisor nombraban a cada rato Puerto Argentino. Puerto Argentino esto, Puerto Argentino aquello. El viejo se levantó tirando la silla para atrás y gritó:

La mierda Puerto Argentino, ahora se llama Puerto Stanley.

El viejo era impiadoso, irreductible. Sus juicios siempre tenían que ver con la debilidad de los demás. Por eso creo que cuando tuvo que juzgarse a sí mismo desnudando sus propias debilidades, no pudo soportarlo.

En el barrio le decían “el alemán”, pero no porque tuviera esa descendencia ni mucho menos; era criollo de parte de madre y padre. Sino porque era alto, de tez bien blanca y ojos verdes oscuros. La nariz era tosca y grande, pero era armoniosa con el corte de la cara. Y siempre esbelto, siempre mirando por encima de los demás como si estuviera marchando. Él sabía que le decían así y por qué. Por eso a veces exageraba esa actitud, porque le gustaba ese mote. Nadie se metía con él. Tenía fama de serio y renegado, pero en realidad jamás les había dado un motivo para que pensarán eso, no más que su gesto adusto y esa marcha rígida por la cortada cuando volvía del trabajo.

Un sábado fuimos con él y mi hermana menor al videoclub que quedaba a tres cuadras de casa. Elegimos unas películas y cuando estábamos a punto de hacer la cola para pagar se me acercó al oído y me dijo que estaba descompuesto. Pero había algo más en el comentario, mucho más que la sencilla información sobre su indisposición: había una desesperación velada y vergonzosa. Lo miré y le acerqué aun más el oído y me dijo casi balbuceando que se había hecho encima. Pude sentir una pequeña marea nauseabunda cuando nos movimos a dejar las cajas para salir casi corriendo del local. Estaba

realmente avergonzado. Íbamos volando por la vereda, pero sin correr. Nada podía delatar lo que estaba ocurriendo porque podía ser su muerte civil. Llegamos a la esquina más lejana de nuestra casa, en la cortada. Estaban todos los vecinos sentados en las puertas, tomando mates y conversando. Le dijo a mi hermana que fuera corriendo a casa a decirle a mamá que mantuviera desocupado el baño. Cuando en la carrera ya estaba a mitad de cuadra, mi vieja se asomó a la puerta y mi hermana –tenía cinco años- empezó a gritar desaforada:

¡Mamá, no ocupen el baño que papá se cagó encima!

Lo gritó dos o tres veces. Lo hizo justo cuando pasábamos delante de los vecinos sonrojados que lo saludaban respetuosamente, tragando saliva. Él asentía y murmuraba: la puta que la re parió a tu hermana. Aun así jamás perdió la compostura, no agachó la cabeza ni dejó de saludar. A mi hermana menor no le dijo nada, pero se decretó una penitencia de dos semanas sin salir a jugar a la calle, creo que más que por castigo para que no le hicieran preguntas sobre el incidente.

Hace algo más de dos años perdió su trabajo después de veinte años de servicio. La empresa de colectivos se vendió a un conglomerado y prescindieron de él. Estuvimos algunos meses viviendo de la indemnización. Buscó trabajo pero a su edad se le hacía imposible, nadie contrataba a quien unos meses atrás había sido jefe de personal. Comenzó a deprimirse. Mi abuelo materno lo ocupó en uno de sus almacenes hasta que pudiera conseguir algo mejor. Le hacía hacer trabajos de fuerza o cosas que en cualquier empresa hacía un cadete. Le pagaba una miseria. De noche se pasaba horas sentado en su reposera mirando sin mirar el televisor y haciendo girar con los dedos un cenicero. Una de esas noches mi hermana mayor le pidió dinero para el colectivo pero no tenía ni un peso para darle. Le pidió disculpas y se echó a llorar como un chico. Mi hermana lo abrazó y lloraba aún peor. Mamá notó después que no había subido a su pieza a dormir. Cuando bajó lo encontró en la silla, pálido y a punto de caerse. Había tragado con vino una tableta entera de ansiolíticos. Llamamos a la ambulancia y se lo llevaron. Al mediodía, cuando lo vi bajarse del taxi que lo traía del hospital, casi arrastrado por mi vieja y mi hermana, sentí mucha lástima. El alemán estaba vencido, caído y pisoteado por la vida. Lo llevaban para su convalecencia a la casa que había equipado con sus grandes sueldos antes de quedarse sin nada. El equipo de música, la cocina con chispitas

para prender las hornallas y el televisor, el nuevo televisor que había reemplazado al de Uruguayana, por donde veía cambiar los canales mientras giraba y giraba el cenicero.

Después las cosas se acomodaron como siempre parecen acomodarse. Consiguió un trabajo en una empresa de servicios eventuales y yo dejé también de trabajar con mi abuelo para empezar la facultad. Había terminado un periodo extraño, demasiado violento: los saqueos, los levantamientos, la hiperinflación, la Tablada. El tipo que había ganado las elecciones no parecía estar mejorando mucho las cosas, aunque después de aquello creo que cualquier paso adelante, por más pequeño que fuera, significaba un respiro. Teníamos la sensación de llegar a un remanso después del tramo turbulento y vertiginoso de un río. Y entonces llegó la última navidad y cambió todo, al menos para mí. La segunda que más recuerdo, no por ser la reciente sino porque en ella recibí el segundo mejor regalo de mi vida. Fue en la casa del oeste. Desde que habían pavimentado la cortada –ya no más zanjas ni tierra- las fiestas las pasábamos en la calle igual que todas las familias de la cuadra. Se cerraba la cortada con tablones y con carteles que prohibían el paso; los habían robado de una obra de Agua y Energía. Después de las doce se armaba el baile, todos con todos. Como en la canción de Serrat, nos olvidábamos de quiénes éramos. La abuela estaba en la punta de la mesa, meciendo la silla de ruedas con el ritmo de la música. Algo insinuó. Fue antes de empezar a comer. Dijo que había un regalo especial para mí. Hacía ya muchas navidades que no recibía ninguno. Tan sólo alguna pavada como a todos los adultos, para que el árbol estuviera lleno. Cuando la abuela dijo eso todos la reprimieron y le dijeron que no revelara la sorpresa. Todo eso fue peor. No podía controlar la ansiedad, como en aquellas otras fiestas en la casa vieja. Recuerdo la cantidad de estupideces en las que pensé, nada pudo acercarse. Una moto, un *Fiorucci new pass*, la camiseta oficial de Central. Cuando frenó el taxi en la esquina y la vi bajar, ya nada importó. Ya no podía pensar en otra cosa que no fuera el calor que sentí en el abrazo –vino directo hacia mí-, en la solera floreada que le ajustaba el busto, en su sonrisa y en ese acento español que la hacía sonar tan sensual y tan dulce. Victoria era una mujer. Sus piernas largas, sus manos de marfil cruzadas en las faldas, los anillos de coco. Los pies no eran ni pequeños ni grandes, eran armoniosos con el resto del cuerpo que subía blanco y sinuoso hasta la boca, la boca que no paraba de contarme cosas, de preguntarme y

avergonzarme con esta vida ordinaria y predecible que suelo llevar. Pero para ella era una gran sorpresa, un descubrimiento, como si hubiera estado contándole un viaje al Amazonas. En un momento de la conversación me pidió sonriendo que no le mirara más los pies, que sabía por qué lo hacía. Nos reímos juntos y un segundo después estábamos llorando quién sabe por qué, tomados de las manos, abstraídos de lo que pasaba alrededor. Su madre brindando con la mía –ya eran las doce, el tiempo es fugaz en la alegría- mis abuelos comiendo los dulces, mi viejo abrazándose con cualquiera.

Cuando éramos chicos me recordaba a mi mismo un juramento: el de cuidarla siempre, el de impedir que nadie le hiciera daño o la llevara de mi lado. Nunca supe realmente quién podía hacer algo semejante, pero mi juramento era real y decidido. Ahora sé que no hubiera podido. Que era un sueño infantil como tantos otros. Lo supe mirando a todos: a mi viejo, mi vieja, mis abuelos, yo. Todos tan impotentes y egoístas. Habíamos dejado que se llevaran algo que amábamos sin hacer nada, no más que encerrarnos en nuestras casas para no perder otras cosas.

Cuando las luces del alba empezaron a rasguñar el horizonte sólo quedábamos los más jóvenes. Bailamos canciones de otros años. Y mientras bailábamos le hice la misma pregunta que le hice al tío aquella otra navidad en la que me contó la historia de la *Rote Kapelle*. Me respondió que los habían matado. Los habían guillotinado a todos. Pero que a ellos no les había importado; habían enfrentado la muerte con miedo, como la enfrenta cualquiera, pero con ese miedo íntimo y orgulloso que tiene el coraje. Entonces entendí.

El último azul de la noche

(Villa Constitución, 2010)

Se detuvo frente al kiosco de revistas, en la esquina de la Estación Terminal de Ómnibus. Por detrás del hierro y del desfile de hombres y mujeres con sus bolsos, y de los perros solitarios que ladraban a los autos, las luces de la noche escondían las huellas de otra ciudad, una ciudad que en la historia de ese mismo lugar habían visto trenes llegando a la aridez de las vías, paladas de carbón, el roce de los metales y su música que después fueron, con el correr de los años, una maraña de bocinas y de voces. Algo lo obligó a detenerse lejos de la parada, en donde todos los días esperaba el último servicio que llegaba a la estación pasada la media noche, y a Villa Constitución, su destino, una hora y media después. Lo detuvieron las tapas de los diarios que anunciaban el asesinato de un hombre a quien conocía. El verbo y el apellido ensanchando la primera plana, acaso con un copete débil y breve para semejante título. Ese nombre lo ataba a un recuerdo, a una cinta de imágenes y de voces que ahora cruzaban a velocidad por delante de sus ojos. Debajo de las letras en plenos negros que anunciaban la muerte de Roberto Salinas, se informaba a la ciudadanía que los restos serían velados en el salón Puerto Argentino del Concejo Municipal. Imaginó entonces el desfile de trajes y periodistas con las luces de las cámaras alargando las sombras. La viuda con una belleza inapropiada, aceptando pésames y ofreciendo café, y en un rincón la perplejidad de sus hijos, sentados a centímetros del ataúd. Imaginó también a los amigos en común compartiendo el dolor y el silencio, y las frases inevitables que exhortan seguir adelante, que descubren como algo novedoso y necesario que no somos nada. También, acaso porque a veces su imaginación se animaba a caminos imposibles, vio al hombre que debía estar muerto caminando entre la gente, abrazando a sus propios deudos con dolor y provocando la leve sonrisa que nunca era desatinada ni ordinaria. Lo imaginó como solía ser frente a la muerte ajena. Lo imaginó como había sido en todas las escenas de la vida.

Dudó un instante. No se decidía entre seguir esperando el ómnibus del regreso o ir al sepelio. Caminar por calle Córdoba y recordar las vidrieras, sentir el nervio de la ciudad y la transpiración de los aires acondicionados, el desfile militar de los taxis, las penas de las persianas. Luego entrar bajo la cúpula del Concejo, el palacio frente al río inmóvil y brillante que Bartolomé Vasallo donó a la ciudad, el cirujano que vio morir a su esposa en la mesa de operaciones y al año siguiente murió él también, pero de angustia. Cruzar

su puerta de madera tallada y tan sólo descansar contra una pared, esperar que los demás lo reconocieran y pensarán que a pesar de todo él estaba allí, como ellos, desdibujando la memoria de Roberto Salinas, acudiendo en el momento necesario del dolor y de la muerte.

Una voz lo despertó de las cavilaciones. Un hombre fornido, sobrando a los costados de una bicicleta, uniforme blanco ajado de detergente y de sol.

¿Qué hacés acá? ¿Todavía no te tomaste el bondi?

Lo miró y no supo qué decir. Levantó los hombros y frunció la boca. Antes de volver a los diarios, de espaldas y con la atención en otro lado, le contestó.

Desde acá lo veo venir. Quería leer las noticias. ¿Vendiste todo?

Si, como a las cuatro. Estuve al pedo toda la tarde. Recién vengo de estar con el Pitu y los otros vagos en el Kiosco de Alsina, tomando porrones. ¿Vos vendiste otra vez las lamparitas?

Sí, lo de siempre; las lamparitas.

Esperó que continuara la conversación en silencio, casi con desprecio. No tenía deseo de estar con otras personas o de hablarles. Las palabras eran púas que no alcanzaban a subir por la garganta. Sabía de la presencia de ese hombre que le había hablado, de la presencia de las personas que viajaban por el asfalto y las que caminaban por la vereda, las que se aprestaban a cenar y a dormir en los hoteles baratos o en las pensiones; pero los había cancelado, eran sólo él y los diarios, y los recuerdos que iban y volvían sin orden. El hombre en bicicleta se dio por vencido y se perdió en el tráfico, bordeando el cordón derecho de la calle. Lo saludó apagado y sin interés, como si hubiera querido hacer notar el despecho. Él no contestó.

Miró una vez más hacia el final de la calle Córdoba, túnel brillante y movedizo agonizando en el crepúsculo. Decidió quedarse y esperar el último servicio de la noche. No deseaba perderlo y tener que dormir sobresaltado hasta la mañana siguiente, recostado en un banco de la estación, atento a que los vigilantes no lo echaran, tapando con las manos los bolsillos y aferrando el bolso con los brazos cada vez que sintiera o creyera sentir una presencia.

No era una opción tomar el otro servicio, el rojo. Pasaba cada cuarenta minutos pero no tomaba la autopista; seguía por la ruta veintiuno y entraba en cada una de las localidades que la bordeaban. Dos horas como mínimo. Primero cruzaba la tensa soledad de la madrugada en Villa Gobernador Gálvez, los vehículos oxidados, las miradas sombrías y celosas. Había leído en algún sitio que durante un tiempo había sido el lugar con mayor índice de suicidios de adolescentes. Los veía en la plaza del reloj montados de a tres en las motos, o parados en una esquina sin hablarse entre ellos, sólo estando, callados inmóviles como las marquesinas, los semáforos y los plátanos de las calles de barro. Imaginaba sus vidas tristes, las discusiones de sus padres y los amores negados, la carne escapando de los pantalones y abultándose sobre las caderas. Todas esas caras en el momento del paso del ómnibus sonriendo o gritando, y después oscilando en el extremo de una cuerda –así lo imaginaba–, o en el centro de un charco de sangre en el rincón de una habitación con olor a humedad.

Después de Villa Gobernador Gálvez, Arroyo Seco. En sus años de bailes y sábados solía ir hasta allí en busca de las mujeres de Arroyo. Eran rubias, blancas y pecosas. Los ojos claros, celestes transparentes o verdes opacos. Ahora Arroyo era famoso por otras cosas. Por un concejal que había recomendado cazar a los pibes que robaban y molerlos a palos. Así lo dijo, molerlos a palos. La televisión lo condenó, los periodistas lo trataron de salvaje y de irresponsable. En las elecciones siguientes arrasó en las urnas. La mujer que salía de la pollería, la chica que vendía ropa en la calle principal y los que atendían el videoclub, todos los que él podía ver en los caracoles de calles que recorría el rojo, estaban autorizados, y ellos así lo querían, a tomar un palo y golpear, golpear hasta sentir los huesos crujiendo, hasta que las gotas de sangre saltaran sobre la bolsa de los mandados, sobre las prolijas zapatillas de doncella, sobre la vereda recién baldeada.

A partir de allí seguía el mismo recorrido que el otro servicio y entonces era para él un camino familiar, sin la sensación de estar en lugares que nunca había visto. Pavón. El arroyo que cruzaba la ruta y fingía ser el paisaje de otra tierra, como algún valle de las sierras. Siempre se despertaba al llegar al arroyo, como en un deseo incontrolable de verse en un lugar mejor. Cuando el colectivo salía de Rosario, al llegar a la autopista no podía soportar el sueño y se desvanecía con el mentón sobre el pecho. Al despertar el

arroyo ladeaba su ventanilla, pasaba por debajo del puente y se perdía hacia el este y hacia el oeste. Sus ojos presentían la serenidad del agua, la perfección de la vena azogada hiriendo la pampa. Todo allí era soja y trigo, salvo el arroyo y la hilera de casas de los pueblos. Verde y amarillo ondeando, una coreografía con el viento, como si fueran luces, un mar que sostenía las vías de los trenes que seguían el camino hasta el final. En los atardeceres de invierno con luna llena, una bruma cubría los sembrados, una bruma blanca y espesa que también parecía un mar, pero de espuma quieta. Y ya en la noche sobre esa espuma el cielo era azul, azul de Prusia perfecto, apenas aclarándose en el horizonte, azul tan sólo para esa hora que antecedería a la oscuridad.

Entre esos árboles –pensaba-, a un lado y al otro del agua, dónde ahora había casas y galpones, Urquiza había acometido contra las fuerzas de Mitre. Desde allí hasta Arroyo del Medio la caballería de jinetes correntinos desbandando las columnas de los de Buenos Aires. En ese mismo asfalto de la ruta, en el litoral sereno surcaba la sangre y yacían los miembros seccionados por los sables; hombres que verían por última vez y lejos de sus ranchos un cielo santafesino lejano y pleno. Una batalla confusa, sin triunfadores, de la que se irían ambos líderes conformes: uno a la celebración de una victoria dudosa y otro a la muerte en su palacio de San José.

Un candidato a senador departamental que conoció en Empalme, el pueblo siguiente, le había contado la historia de cómo habían asesinado a Urquiza en su propia casa. Cómo lo habían bajado de un tiro en las habitaciones y ultimado a cuchillazos, quizá por aquella sospechosa retirada de Pavón, quizá por su abrazo con Sarmiento, quizá por esa costumbre nacional de borrar las dudas con la muerte.

Por último, Empalme. Las vías a la vera de la ruta la hacían inminente. La ciudad fundada en nombre de un progreso que se truncaría a los cien años, que maduraría hasta crecer algunas manzanas desde su estación, una escuela y la plaza con los rostros solemnes y erguidos de San Martín, Belgrano y Evita. Junto al reparo de la parada de ómnibus, habían instalado sobre una base de piedra una maqueta de la estación de trenes, obsequiada por un gobernador para el centésimo cumpleaños del pueblo en los tiempos en los que hicieron desaparecer los trenes y las fábricas, el sueño de la ciudad y el país pujante.

Entró en Empalme por primera vez manejando el auto de Roberto Salinas. Era la cena del lanzamiento de la candidatura a senador departamental por Constitución de Don Galindo, un viejo y célebre vecino de Empalme. Fumando junto a Galindo escuchó aquella historia de Urquiza y de Pavón, y escuchó consejos sobre cómo ayudar a la gente, y cómo cambiar el país para que nadie necesitara ayuda. La cena fue en el salón de un club, en el lado pobre de las vías. Había mucha gente. Algunos sentados tímidamente, esperando la comida y escuchando los discursos, como si fuera un trámite necesario para poder comer y llenar con vino los vasos. Otros cantaban eufóricos las letras que indicaban aquellos que estaban a cargo. Después de los discursos aparecieron las fuentes repletas de pollo, una cantidad de comida que no había visto ni volvería a ver en esas proporciones. Montañas de presas rebalsando bandejas y platos, y la gente tomando de a dos o tres. Sobre el final llevaban el pollo en bolsas y las botellas de vino asomando en las carteras o los bolsos.

El discurso de Galindo se reservó para el final. Hubo un silencio pleno mientras su voz tronaba en los bafles. Nombró uno por uno a los vecinos que estaban sentados en las primeras mesas, y arrancó las sonrisas de los aludidos. Agradeció a su pueblo por ese recibimiento y cada cosa que dijo al principio de su discurso, provocó la ovación de todo el salón. Desde la mesa de la cabecera —él estaba a un costado— se podía oír un bullicio en el fondo, como un pequeño alboroto. Los que estaban a cargo fueron caminando despacio por el borde del salón hasta la mesa en donde una mujer y un anciano trataban de contener a un hombre que increpaba a Galindo. Estaba borracho. Podían distinguirse insultos entre las otras palabras que se atropellaban con los murmullos. Llegaron hasta él y le hablaron al oído. Galindo dijo por el micrófono que era un viejo amigo y siguió hablando de otras cosas. Lo acompañaron hasta afuera y todo pasó, salvo esa extraña sensación de pequeña molestia que salpica el éxito. Cuando se iba junto a Salinas, pudo ver a este hombre sentado en la parte trasera de un coche, con los pies en la calle y la camisa blanca con manchas moradas mientras los hombres de Galindo lo rodeaban y le daban consuelo.

El kiosco de revistas ya cerraba y decidió comprar el diario de la ciudad. Los diarios de Buenos Aires también se sumaban tímidamente a la resonancia de la noticia pero no había en ellos primera plana, ni informes pormenorizados del suceso, ni ninguna

pequeña biografía. Apenas un rincón en policiales con el debido dramatismo: mataron a un conocido dirigente, lo mataron para robarle, y los detalles para que los lectores pudieran imaginar a los homicidas -que seguían prófugos-, vistiéndolos a su gusto y dibujando las caras y los gestos que correspondían. Pensó que Roberto Salinas ya no existía, que en la geografía sinuosa y árida del sur o del norte y en los edificios acumulados de la capital, ese hombre era tan sólo una víctima, y que pronto sucedería lo mismo allí, cuando el eco se perdiera en el vacío de una vida que continuaba, la vida de los que como él, estaban frente a los diarios.

Conoció a Salinas en las inundaciones del ochenta y seis. Él vivía en el barrio Empalme Graneros desde que se había mudado desde la zona sur para formar una familia con su primera mujer. Por aquellos años trabajaba en un frigorífico en el otro extremo de la ciudad. Ya había visto otras inundaciones pero ese día, abril gris y frío, todos decían que no iba a ser como las otras, que probablemente sería la peor. El arroyo Ludueña tronaba bajo los puentes, sensación de explosión repentina y artera que quedó sólo en el miedo. El agua avanzó sobre las casas, cubrió los barrios sin tiempo y sin avisos. Es posible que nadie hubiera visto el torrente llegar por el cañadón de calles, simplemente vieron cómo comenzaba a filtrarse por debajo de los umbrales, por los intersticios de las ventanas y de las puertas. Durante tres días no pudieron ver el piso por el que caminaban y desde los techos observaron cómo los autos dejaban las estelas de agua, el surco abriéndose hacia los costados como si fueran lanchas y haciendo olas que se deshacían contra las paredes, marea oscura de un sueño de siesta. No tuvo la oportunidad, como tantos otros, de sacar el televisor, la heladera y los colchones, apenas un abrigo para pasar la primer noche ayudando a los demás a llegar a los botes y después a los camiones de la gendarmería. Había perdido todo tras una onda marrón y silenciosa que ahora cubría la mitad de las construcciones y segaba los ventanales de los bares.

En la cancha de básquet de un club cercano se distribuyeron los colchones y se montaron los refugios. Todos estaban allí: los vecinos que todas las mañanas se cruzaban en las veredas y en los almacenes, las familias con los niños que invadían las plazas después del colegio. Vio llegar a Salinas con otro grupo de jóvenes, brigadas

formadas en las facultades y en los comités. Era después, junto con ellos, un eslabón de la cadena humana por la que viajaban los alimentos y las frazadas que descargaban de los camiones. Lo contagió la organización casi militar, la satisfacción de estar en un lugar desconocido, ayudando a gente ignota y por momentos hostil, gente que había perdido todo y necesitaba culpar a alguien de su tragedia. Se ubicó junto a Salinas como podría haberse parado en cualquier lugar de la fila. Acaso fue esa simple elección la encrucijada hacia un camino distinto. Luego, cuando ya formaba parte del grupo de muchachos de Salinas que trabajaban como seguridad en las elecciones estudiantiles, recordaba aquella noche y alimentaba la estima de su jefe contando que había sido por él que había entrado al partido; que alguna vez el muchacho de barrio que había llevado el barro de la inundación a las veredas del centro, pintaría el apellido de su mentor en las paredes y en la arpillera de los pasacalles.

Recordaba el viaje de las mantas y la mercadería, la voz de Salinas intentando convencerlo en vano –ya estaba decidido- de ser uno de ellos. Las palabras que nunca olvidaría, primero por sentir las sabias y exactas y después por rencor: “la política es una construcción colectiva. Todos tenemos los brazos comprometidos en esa construcción. Algunos al principio de la cadena, otros al final. Basta con que uno retire los brazos para que el siguiente tenga que esforzarse más, o para que el anterior tenga que tirar el bulto. Si es más de uno el que falla, el bulto cae, y cae el sueño. El país se quiso cambiar con sangre, pero se cambia con cadenas”.

Después de las inundaciones los muchachos le consiguieron un departamento en los barrios FONAVI del sur. Se mudó solo y consumó su separación. La última vez que vio a su ex mujer fue cuando discutieron en la puerta del departamento de sus suegros, antes de intentar volver a la casa de la inundación, que como todas las demás, aún guardaba el hedor y la enfermedad que había dejado el agua en su retirada.

A los pequeños trabajos que tenía como albañil y pintor se sumaron los servicios que hacía para el partido. Desde enero hasta marzo en las elecciones estudiantiles y después en los años de campaña electoral, pintando paredones en la madrugada y defendiendo las pintadas hasta la mañana. Horas dentro de las camionetas, tomando mates y esperando que alguien osara pintar en el mismo paredón para salir a correrlo a fierrazos.

Las facultades eran lugares extraños para él. Las jóvenes transpiradas bailando alrededor de los parques y los jóvenes exaltados y bravucones que tenía que proteger. Todos mantenían una distancia incómoda, escondida tras las sonrisas y los abrazos débiles. Pero era una pieza más, un eslabón de la cadena y eso lo hacía sentirse atado al mundo. Ya no caminaba a la deriva esperando el golpe de suerte o el giro divino. Era un hombre del partido y en la facultad que conducía Salinas estaba a sus anchas. Todos lo querían y de cierta manera también lo admiraban por su pasado humilde, como si eso significara para esas personas pertenecer a una tribu sabia y milenaria.

Una noche al final del escrutinio de la elección estudiantil corrió el alcohol. Terminaron todos abrazados en las galerías y corriendo enloquecidos por las aulas. Subieron al primer piso, saltando y bailando, y él ya no pudo bajar. Estaba exhausto. Entró a un aula vacía, en penumbras y se dejó caer contra la pared. Encendió un cigarrillo. Cerró los ojos y se dejó balancear por el mareo leve, relajó los músculos de los brazos y las piernas y esperó que la música y los gritos de afuera llegaran desde lejos, como si estuvieran en la otra orilla de un río. Escuchó una voz en la puerta. Era una de las jóvenes de la agrupación estudiantil. Se acercó. Pasó a su lado y siguió caminando hasta el frente del salón. Se apoyó de espaldas a él en uno de los bancos. Subió su pollera hasta la cintura y con la misma mano, sonriendo y con los ojos achinados por el vino, dejó deslizar por sus piernas la ropa interior. Vio las nalgas blancas y voluminosas, recibió con placer, hasta el centro mismo de su cerebro, el perfume fuerte y embriagante de la piel, del sexo húmedo y dispuesto. La montó. Lo hizo suavemente y con más violencia cuando se lo pidió. Tras el último suspiro ella salió como había entrado, caminando entre algodones y moviendo las ancas como un tigre, sin volver la mirada. Esa noche volvió a pie hasta su departamento. Casi cincuenta cuerdas. Lo hizo en cueros, dejando que la brisa del otoño le refrescara el pecho. Pensó que para esas fechas, fines de marzo, una lluvia solía anunciar el final del verano, una lluvia fuerte y helada y al otro día el aire había cambiado para los meses restantes, tan simple y definitivo como cambiar de un día al otro en el almanaque. Comenzó a garuar, a volverse el agua cada vez más espesa. Y sonrió. Sonrió por lo que había ocurrido unos minutos antes y por el rumbo inesperado y fugaz que tomaban las cosas. Podía y deseaba reír a gritos entre el viento y el silencio, caminar hasta donde fuera: hasta su casa que jamás volvería a

inundarse, hasta el fin del camino que creía ver desvanecido en el océano. Podía caminar toda una vida sin miedo a nadie ni a nada.

Se juntaron varios en la parada. Mujeres que apilaban bolsos con mercadería para vender en los negocios de los pueblos. Los estudiantes. Los policías que cumplían servicio en pueblos tranquilos. Mientras los clasificaba despuntaba las hojas del diario y corregía los datos sobre Salinas. Un periodista describía, con palabras entre toscas e impersonales, su trayectoria. No contaba de las madrugadas en Pascua del ochenta y siete, de aquellos años en los noventa, las marchas y las tomas de las facultades, los combates con los muchachos de Obras Sanitarias. Tan sólo decía que había pasado por la militancia estudiantil, como si eso pudiera resumir tanta imagen y tanta voz, acaso mucho para recordar en los escasos segundos en los que leía ese fragmento. Había recuerdos vívidos y entrañables. Cuando recibieron las columnas que llegaban del resto del país para la Marcha Federal. Los colectivos desvencijados estacionando en el barro, abriendo sus puertas y dejando salir a los hombres del norte, los algodonereros del chaco y los cañeros tucumanos, los jujeños, los formoseños, las manos morenas y ásperas, los ojos rasguñados por el sueño y la alegría. Comenzó apretando todas las manos que pudo, después abrazándolos, abrazos que lo reconocían como a un par; el mismo color de la piel y el mismo origen. Los recibieron en la ciudad universitaria. Allí les dieron tiempo para el aseo y les sirvieron la comida. Una cola larga de hombres, mujeres y chicos, recibiendo con alivio un plato de comida caliente, como él seguramente lo había recibido de manos de los que ahora tenía a su lado, en aquellas noches frías de Empalme Graneros. Tomó una bandeja y fue a comer entre ellos. Un silencio agradable y cercano, un silencio de familia que ya conoce como ha sido el día de cada uno, comprendiendo todo con una sonrisa o un gesto de amargura. Salinas lo acompañó y comenzó la conversación con los demás. Sus palabras se fueron cruzando, aumentando su cadencia hasta ponerse unas encima de las otras, sin tajarlas y sin esconderlas. Lo admiraba por eso, porque podía pertenecer al lugar que quisiera, sólo bastaba mirar un rato alrededor, oír unos minutos, y ya estaba allí sonriendo, llamando la atención de todos. Horas después entrarían en la capital, los saludarían desde los balcones, cayendo a su paso papeles y rollos de cinta de máquina. Conoció esa sensación de la que tanto le habían hablado, una sospecha de vivir algo que podría hacer historia. A veces Salinas, después

de hablar en asambleas o en algún comité perdido de la ciudad, lo miraba sonriendo y le decía que fuera buscando un pedazo de bronce para tallar su busto. Lo decía en broma y sólo él se reía.

Después llegó Buenos Aires. Viajaba con Salinas dos veces por semana desde Rosario; los lunes para llevarlo y los viernes para buscarlo. Pocas veces se quedó a dormir en un hotel de Congreso. Entendió aquello de las luces de la capital. Tomó whisky rozando con los hombros el culo desnudo de una mujer, y se acostó con esa misma mujer inaccesible en otra circunstancia, pero dispuesta para ellos, los hombres del nuevo gobierno. Los días que se quedaba en Rosario era el chofer de la familia. Llevaba a los chicos al club y debía esperarlos en la puerta, estar atento a que ningún desconocido se les acercara. Siempre puntual frente a la casa de Salinas, todas las mañanas a las ocho, y llevaba a la esposa al gimnasio, luego la paseaba en la nueva camioneta (que costaba sesenta veces su sueldo; cinco años de trabajo sin gastar en vicios). La había comprado días después de haberse enterado del cargo en Buenos Aires, pero había decidido conservar el viejo Dodge para recorrer los barrios de la ciudad, para que la gente pensara que Roberto Salinas, aquel estudiante rebelde ahora funcionario del gobierno nacional, seguía siendo un hombre modesto y sencillo.

Dos o tres fines de semana se quedaron en la Capital mientras Salinas se reunía hasta la mañana en el bar de algún hotel o en las oficinas del comité nacional. Caminó los empedrados que se perdían en otras calles rasgadas por la niebla. Encontró pasajes del tiempo escondidos de los semáforos y el mercurio, bares de madrugada repletos de artistas, putas y sonámbulos. Creyó que estaba en otro país, un país sin inundaciones ni hambre ni muerte. Cuando todo se derrumbó pudo ver esas mismas luces desde un televisor, las mismas esquinas nubladas por el humo y los gases. Un sol firme y terrible cayendo sobre los cuerpos que balanceaban hasta las ambulancias y esas mismas noches desiertas interrumpidas por la estampida de los comandos y la lluvia de piedras. Después de la caída del gobierno todo volvió a ser como antes durante un tiempo. La rutina de la ciudad, los chicos, la esposa, los comités, los asados. Cuando pasaron los años en ese marasmo, tan personal y tan ajeno, comprendió que en la Argentina todo volvía siempre a ser como antes, y antes era una calma de miseria y desolación, una

carrera por un río contra la corriente y nadar y nadar y nadar y nunca llegar a la orilla de la isla, la orilla que estaba cada vez más lejos.

Subió y buscó el último asiento de la izquierda, desde donde podía ver, ya a punto de salir de la ciudad, las luces del casino que cambiaban de color como en un calidoscopio. Debía terminar de leer el diario antes de llegar a ese punto en donde el chofer apagaba las luces (lo hacía para que los hombres que volvían de sus trabajos o los que entraban en los horarios nocturnos de las fábricas, pudieran dormir un poco más). Lo mataron para robarle –leyó-, lo esposaron a una silla y lo golpearon hasta desangrarlo, hasta que la muerte le fue quitando el dolor de las heridas con un frío siniestro y aliviante. La caja de seguridad estaba abierta, acaso lo habían golpeado hasta que no tuvo más remedio que darles la llave. A Salinas, que no estaba preparado para la violencia, ni para ejercerla ni para soportarla; para eso el partido rescataba a hombres como él.

En unas internas fueron a ver a un descarriado. Había presentado sus propios candidatos y tenían que persuadirlo de que los bajase. No pudieron convencerlo. No pudo Salinas, que para eso sí estaba preparado, para hablar y persuadir a la gente, para que confiaran en él. Entonces entraron ellos al comité, lo hicieron a la vez que los demás salían, porque a nadie le gustaba llegar a ese extremo; esa era la palabra que habían utilizado: extremo. Aquel hombre, insultando desde el suelo y dejando escapar gotas gordas de sangre por entre los dientes, juró vengarse, juró seguir hasta las últimas consecuencias. Pero al final de todo retiró la lista.

Arrimó el diario a la ventanilla para que también la luz del mercurio ayudara a que las letras no fueran borrosas, ni las fotografías una mancha negra en el blanco del papel. Una de las fotos mostraba la caja fuerte entreabierta. Recordó cuando la habían comprado. Entre la niebla del tiempo consideraba ese hecho como el punto de partida hacia el final de todo: de los buenos años, de la confianza. Para ese entonces Salinas, ya concejal de la ciudad, se había asociado con un abogado del partido -Galano se llamaba el abogado- y alquilaban una oficina en los edificios del centro, cerca del concejo. Allí recibían a los clientes, mujeres grandes en su mayoría. Él era el responsable de llevar el dinero al banco, los jueves cerca del mediodía. Primero sobres comunes, después sobres

de papel madera. Luego no sólo eran los jueves sino cualquier día. Cuando ya era demasiado dinero en la oficina compraron la caja. También fue el tiempo en el que una tarde, abruptamente y sin comprender razones, el mismo hombre que lo había llevado al partido, le dijo que se fuera.

En aquella campaña para que Salinas fuera concejal habían recorrido toda la ciudad, desde los ranchos que se caían de los barrancos en la costanera norte hasta los barrios que rodeaban el camino viejo a Soldini. Las casas idénticas y fundidas por el sol que se ven desde la circunvalación, las casas antiguas de Arijón y de Avenida del Rosario, los ranchos de la Lata y de Villa La cariñosa. Para el día del niño, un mes antes de los comicios, proyectaron una película en el cine Diana, un galpón con sillas de plástico frente al monumento a Eva Perón. Habían discutido si era una provocación hacerlo allí, si ante la prensa iba a parecer impostado o frívolo. Proyectaron dibujos animados y repartieron golosinas y juguetes de cotillón. Antes de la proyección, el candidato a concejal dio su discurso. Lo hizo frente a más de mil personas, entre niños y padres. Apenas podían entrar todos: adelante las madres sentadas con los hijos en sus faldas, atrás los demás, parados y apretados. Lo miraban como si estuvieran oyendo una historia mil veces contada de la cual ya conocían todos los detalles, incluso más de los que les estaban dando. Escuchaban sin sobresaltos ni gestos, sólo los ojos pétreos al frente, a la pantalla inmensa y al hombre con el micrófono que manchaba la blancura. Cuando terminó el discurso -que había sido idéntico al de todos los actos- se oyó un aplauso estruendoso y cerrado, y todos comenzaron a sonreír como si aplaudieran en realidad el final de un trámite tedioso para poder ver la película. Él sintió que el galpón respiraba por primera vez en la tarde, el bullicio de una felicidad simple y breve entre los pasillos, y entonces comprendió que incluso podría haber hablado él o cualquiera de los muchachos frente a esa gente, que podrían haberles contado en voz alta cualquier cosa, que igual no les hubiera importado.

Cuando llegaron a la cena de cierre de campaña, horas antes del comienzo de la veda electoral, se recostó en la silla de madera y cayó en la cuenta que hacía meses que no dormía más de tres horas por día. Sintió el cansancio como nunca antes lo había sentido, sus manos y sus piernas adormecidas, con un dolor dulce y leve. Sus ojos se cerraban de

sueño pero estaba satisfecho, un hombre al terminar una batalla, la tierra y la sangre corriendo por su cara y sus manos. Las calles con ese nombre, como él lo había prometido unos años antes. Al término de la cena cuando sólo quedaba el círculo íntimo de Salinas y la militancia, todos se abrazaron. Saltaron entre las mesas, sacudieron las botellas de soda y se mojaron como los pilotos de carreras. Cantaron letras que conocían por costumbre, sin prestar atención a lo que decían, y bailaron como si presintieran el éxito, como si fuera suficiente todo aquel esfuerzo para llegar al final del trayecto, y no importara el voto ni la voluntad de nadie. Lo encontró en el entrevero con la corbata torcida y los signos del sudor y lo abrazó. Fue un abrazo fuerte y honesto, un abrazo en el que creyó oír una gratitud por todo ese tiempo, como si saldara con la alegría compartida esa nueva vida que, sin la intervención de Salinas, él jamás hubiera encontrado. Un abrazo que no pudo recordar ni reclamar cuando le dijo, tres años después, que ya no lo necesitaba para lo que venía. Fue cuando lo citó una tarde en la oficina de calle Santa Fe, le entregó un sobre con dinero -tres veces el sueldo que recibía por mes- y le pidió que no volviera.

Cuando Salinas asumió en el Concejo, continuó trabajando para él como chofer y atendiendo por la mañana un local partidario. Vivía a su disposición. El teléfono móvil solía sonar a cualquier hora del día y era necesario correr en busca del auto para buscarlo por el Concejo o por su casa y llevarlo a alguna reunión. Podía suceder a cualquier hora, incluso de madrugada en medio de elecciones internas o de votaciones claves. Con el correr del tiempo las llamadas y las reuniones se hicieron más frecuentes. Solía llevarlo los martes a la vieja estación de trenes Rosario Norte. Allí se juntaba con las madres de Plaza de Mayo –las únicas que podía reconocer gracias a los pañuelos-, concejales de otros partidos y otras personas que pertenecían a organizaciones cuyas siglas no comprendía. Todos lo conocían y lo trataban bien. Lo dejaban entrar y él se sentaba a un costado a esperar a Salinas; a veces les cebaba mates mientras hablaban. Allí oyó relatos que en los años de las facultades ya había oído, pero nunca de la boca de una de esas personas, de las mismas madres o de los hijos de los que estaban en las fotografías de los estandartes que llevaban en las marchas. También continuaba llevando a los hijos de Salinas a la escuela, a la mujer a hacer las compras o cuando salía los viernes con las amigas. Conversaba con él cuando volvían, sobre todo cuando

ella estaba un poco borracha y verborágica. Las cosas fueron mezclándose y él lo presentía con cierta satisfacción, hasta hacía los asados del cumpleaños de cualquiera de ellos. Parecía ser, por el trato cercano con los chicos o con ella, parte del círculo invisible de esos afectos; por eso, fue intempestivo aquello del sobre, la cita en la oficina fría e impersonal, Galano que lo había recibido en la sala de espera, serio y con la mirada esquiva como si supiera él también lo que iba a ocurrir, como si en realidad lo hubieran decidido juntos. Aquella vez, cuando pudo reaccionar una vez fuera del edificio, comenzó el inventario de las cosas que podría haber hecho mal. No encontró muchas. No porque se sintiera infalible ni eficaz, sino porque nada de lo que hacía tenía mayor importancia para Salinas. Había visto muchas veces como echaba a otros por cosas realmente graves. A un asesor por olvidarse de presentar a tiempo unos documentos, a una secretaria por hablar demasiado. A veces pensaba que a ésta última la había echado con absoluta razón. Ella le había contado la historia que unía a Salinas con Galano. Cómo se habían conocido, por qué de un mes para el otro el abogado había pasado a ser el hombre de mayor confianza. La secretaria se lo contó a él, como seguramente se lo había contado a muchos otros. Una persona que habla de esas cosas no era digna de la confianza de nadie, menos de Salinas.

Los detuvo un semáforo en el último boulevard antes del casino. Los limpiavidrios asaltaban los autos que permanecían tras los vidrios, negando con la cabeza o con el índice. Algunos se acercaban al colectivo y limpiaban los vidrios de los pasajeros, riendo. Después hacían la seña de las monedas con los dedos y algunas caían en sus manos como pago por la gracia o simplemente, por piedad. Había pensado en muchas formas de ganarse la vida cuando veía cómo enflaquecía el sobre con el dinero que le habían dado de indemnización. Había hecho changas personales para amigos del partido, una colocación de membrana en el techo de un diputado, trabajo que nunca cobró y que cuando atinó a reclamar le dijeron que no fuera impaciente y que se conformara con los asados que había comido mientras lo hacía. Recurrió, en los momentos ya de desesperación, a trabajos de los que no se enorgullecía. Cuando se mudó a Villa Constitución con su segunda mujer, fue a ver a Galindo y éste lo contactó con el Sindicato de Vendedores Ambulantes. Al menos, entre su trabajo y el de su mujer, ya tenía para comer. Pero desde ese instante en el que entró al despacho de

Galindo, su fidelidad había cambiado. Lo que quedaba eran sólo recuerdos, la memoria de los hechos que volvían esa noche con la muerte de un hombre que ahora parecía lejano y extraño.

Desde la llegada de Galano las cosas habían cambiado. No sólo las personas que los rodeaban –él fue el último en irse-, sino el halo que rodeaba los ambientes, las oficinas del partido y el despacho. Ya no eran lugares familiares ni auspiciosos. Había en ellos una atmósfera densa y silenciosa, una advertencia los rodeaba, una advertencia permanente y real. Ya no se hablaban de las mismas cosas ni se referían los mismos hechos del pasado, nada era conocido. Y no todos podían hablar. Desde entonces las palabras sólo sonaron a puertas cerradas en el despacho del concejal. Había que ser muy estúpido o sencillamente pasar por tal, para ignorar que todo había cambiado. La secretaria de Salinas le contó todo. Lo hizo con ignorancia, con ingenuidad, porque él o cualquier otro de los muchachos, de haberlo sabido, jamás lo hubiera contado. Galano tenía contactos en el Gobierno Nacional, aunque no fueran del partido. Galano aceleraba los trámites para cobrar el dinero de las víctimas de la dictadura, un resarcimiento que pagaba el gobierno a los familiares. Nadie sabía cómo lo hacía. Las mujeres mayores iban a la oficina nueva para eso, para hablar con Galano. Salinas, en las reuniones de derechos humanos o en las marchas, era el que les recomendaba ir allí. Después, el abogado les cobraba una buena comisión por la gestión, una cantidad que repartían entre los dos. Las cosas extrañas y sueltas que habían enrarecido todo comenzaban a tener sentido. Los sobres cada vez más abultados, los enojos de Salinas cuando el abogado llegaba sin aviso al concejo o cuando lo obligaban a ir a la oficina de la calle Santa Fe. Los viejos compañeros del partido que ya no aparecían o que no eran atendidos. Su despido y el de la secretaria, las sombras del ala de un murciélago, la uña del demonio más humano rasgando el papel.

El colectivo cruzó la primer calle de Villa Constitución una hora y cuarto después de haber salido de la estación. La noche ya era fría y allí, en la urbe rodeada de campo y río, el viento helado corría por las calles acercando abril al invierno. Caminó bajo las luces del mercurio con el diario abierto para terminar de leer antes de llegar a su casa. Quería aprovechar esa media hora para estar con su mujer, tomar un mate y relajarse,

antes de volver a Empalme. Hacía desde el día anterior que no la veía; el domingo no había vuelto.

La foto de esa parte de la noticia, un recuadro que intentaba mantenerse al margen de la pulcritud con que se describía la vida de Salinas para contar el hecho de sangre, mostraba la silla vacía y las esposas colgando en la parte inferior del respaldo. El epígrafe debajo de la foto decía que habían estado horas golpeándolo, que se habían tomado ese tiempo porque lo habían amordazado, porque habían subido el volumen de la radio mientras lo hacían. La nota ampliaba que lo habían encontrado el domingo por la noche, el único día que Salinas solía ir a esa oficina. Era difícil comprender, para los periodistas y para la policía, por qué no había señales de violencia en la puerta, acaso Salinas conocía a sus asesinos, como Urquiza, y les había abierto la puerta, no sólo la que daba a la calle y se abría con el portero, sino también la puerta del estudio. Otra vez se le presentó la imagen de Salinas, quieto en la silla, las venas del cuello hinchadas por hacer fuerza con los brazos para cubrir los golpes, los brazos que no podía mover porque los tenía en su espalda. La carne tornándose violácea, los ojos derramados, las partes donde la piel roza el hueso, abiertas y chorreantes. La mordaza impidiendo su voz, la mordaza ajustada seguramente para que no los pudiera convencer de que no lo hicieran, él que convencía a todos de todo.

Llegó a su casa y su mujer estaba esperándolo en la mesa de la cocina, con la pava caliente y el mate en sus manos. Lo recibió en silencio y lo besó cuando lo tuvo a su lado. Él se quitó los zapatos y se llevó la bombilla a la boca, con los ojos cerrados, despacio, dejando que llegaran juntos el sabor y el aroma, disfrutando aquello como si fuera un intervalo que desearía mucho más cuando la noche continuara, la noche con su andar persistente e inevitable. El gato subió a su falda y les arrancó a ambos una sonrisa. Lo comenzó a acariciar, a sentir su piel contra los pelos suaves y perfumados; el animal miraba hacia otro lado, como si fuera tan sólo su trabajo en la casa, el que debía repetir diariamente a cambio de comida y calor. Ella acompañó las caricias pero sobre las manos de él; las posó sobre los nudillos lacerados y oscuros, casi en carne viva. Lo miró y siguió en silencio, sin reproches ni objeciones, tan sólo una mirada que le hizo entender, con alivio, que ella lo sabía. Entre los dedos parecía asomarse una mancha de sangre, mapa irregular de islas desde el aire, que había resistido la limpieza urgente en

el baño de la estación. Se la mostró con la mirada y él se levantó hasta la pileta de la cocina. Con la esponja y el detergente la restregó, arrugando la cara por el ardor. Lo hizo hasta que sólo quedó el rastro del roce en su piel, una huella rosada que se fue diluyendo cuando su propia sangre al fin se dispersó. Le dijo que tenía que volver a salir, que tenía que ir de Galindo a entregarle algo. Sacó del bolso un fajo de billetes atado con una banda elástica y lo dejó sobre la mesa. Ella le sonrió y le dijo que se cuidara, que si no demoraba más de dos horas, lo esperaba despierta en la cama. La besó y salió a la calle. Envuelto en su campera, temblando, intentó sacar la cuenta de las horas que pasaba viajando, todos los días casi cien kilómetros y todos los pequeños traslados hasta Empalme. Se asustó pensando en eso, una pérdida de tiempo suspendido en la ruta, saliendo o llegando o todo a la vez. Y en esa hora, esa hora que ya había dejado las calles vacías y en la que el rocío comenzaba a bañar los sembrados, ya todo era oscuro, un telón de negrura cayendo hasta el campo tras las casas y la vías. Se angustió. Fue sólo un segundo, un flash. Se había perdido otra vez, al menos hasta el atardecer del otro día, de ver el último azul de la noche pintando el fondo del escenario que se desgranaba a la intemperie frente a la parada; el mejor lugar para verlo, llegando dormido desde la ciudad, con la cabeza vibrando en la ventanilla.

Índice

El caballo del hombre solitario.....	2
Una mujer que dormía con el viento.....	21
Niebla.....	35
La orquesta roja.....	42
El último azul de la noche.....	62